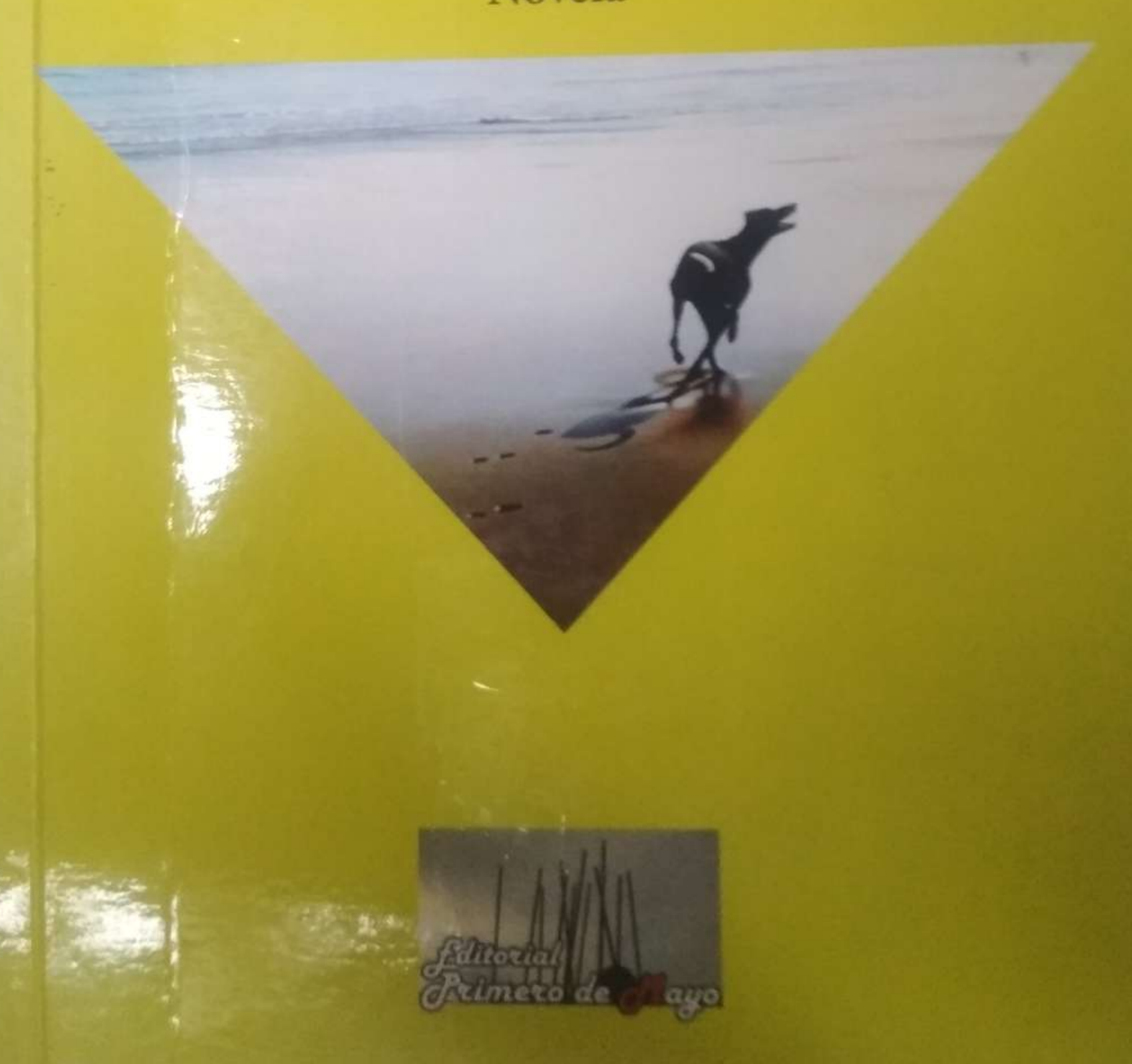
SYLVIA LAGO

# Trajano

Novela





**SYLVIA LAGO** nació el 20 de noviembre de 1932. Escritora y docente egresada en Literatura del Instituto de Profesores Artigas donde llegó a ser Subdirectora. Ejerció la docencia en Enseñanza Superior por más de 20 años. Fue Directora del Departamento de Literaturas Uruguaya y Latinoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y también catedrática de Literatura Uruguaya. Coordinó "Gaceta Universitaria", revista de la Universidad de la República. De su obra destacamos "Trajano", varias veces premiada, reeditada en Buenos Aires en 1994; "Tan solos en el verano"; "La última razón"; "Detrás del rojo"; "Las flores conjuradas"; "El corazón de la noche"; "Días dorados, días en sombra"; "La adopción y otros relatos" y su última novela "Desde la penumbra". Ha obtenido premios en el país y en Cuba, México y EEUU.

SYLVIA LAGO

# Trajano

Novela





# I

Aunque ahora soy un hombre y la niñez parece encogerse en un hueco lejano y opaco de mi vida, vuelvo a veces a ella con el recuerdo, movido por la imperiosa necesidad de recrear en la mente a Trajano, mi perro.

Antes que nada, debo atender a su imagen física, la cual es tan importante, que sería infiel con mi memoria si comenzara narrando alguna anécdota de él o de los sentimientos que nos unían sin referirme a lo que primero aparece en mí cuando me deslizo, buscándolo, hasta la penumbrosa época de la infancia; su figura completa de galgo color canela, hocico fino, negro, húmedo, que al elevarse se parecía a una gaviota en vuelo, ojos transparentes con vagos reflejos opalinos, tan profundos, que al mirarlos era como sumergirse en un cántaro de barro lleno de agua clarísima; patas y cuerpo delgado, vientre de fácil curvatura, pelo corto y lustroso...

Así lo evoco de pronto, desasido de nuestra vida en común; pero recuerdo muchos detalles más, cuando lo actualizo en los episodios determinados que integran ese globo de vida real e ilusiones confusas que

fue el fin de mi infancia; veo, por ejemplo, su graciosa manera de erguir las orejas con la cabeza inclinada hacia la izquierda y también las miradas, inquietas y redondas, que me dirigía cuando me contemplaba vistiéndome y presentía que no iba a llevarlo conmigo al paseo.

Ahora diré algo sobre el principio de mis relaciones con él. Cuando me lo obsequiaron, cachorro todavía, yo era un niño de once años que había deseado siempre tener un perro. Vivía en un modestísimo departamento con mi madre, que era lavandera, y mi hermana, de dieciocho años. Ocupábamos el último piso de un edificio viejo, y nos pertenecía también la azotea, donde mi madre lavaba y asoleaba la ropa de sus clientes. Éramos pobres. Mi madre lo decía con cierto orgullo porque, según ella, la pobreza dignifica cuando se la sabe llevar. "Nosotros sabemos llevar la pobreza", decía. Qué significaba para ella esa oración es difícil de explicar, "saber llevar la pobreza" era, más o menos, hacer con ella lo que mi madre hacía todas las mañanas con la ropa sucia: lavarla, exponerla al sol, plancharla con esmero para luego poder exhibirla como una pequeña obra de arte.

Sostenía que aquella pobreza era "bien nuestra", con un énfasis vanidoso que nosotros admirábamos, porque sabíamos, intuitivamente, que había algo heroico en esa lucha contra ella; nos sentíamos valientes porque le dábamos la cara, empeñados en un comba-

te parejo, cotidiano, sin vencidos ni vencedores. Y me parece que no nos seducía el triunfo, sino la lucha. En todo caso, estábamos contentos con algún éxito parcial, como había sido, por ejemplo, el de haber podido abandonar el conventillo, donde éramos "pobres con otros", para ocupar un piso, usufructuando así una pobreza no compartida.

Vivíamos en el Buceo, que en la época de mi niñez era todavía un barrio de lavanderas. Un pintoresco barrio de lavanderas, especialmente luminoso y cálido, como si el sol se hubiera adaptado a la actividad de sus moradores.

Nuestra casa estaba cerca de la playa y del cementerio. Todo era hermoso, la ensenada, con sus botes como cáscaras de nuez meciéndose sobre el agua preñada de reflejos, la playa, que se iniciaba en verdes, pronunciadas barrancas y se concretaban en una fiesta de herbazales y arena reverberantes, y sobre todo el mar, generoso de espumas, de frescor, de horizonte.

Hasta el cementerio poseía sus encantos; estábamos acostumbrados a él de tal manera, que no nos evocaba para nada la idea de la muerte; era más bien un gran jardín melancólico en el que a veces hasta se podía pasear y tomar el sol.

Un cliente de mi madre, que vivía en Pocitos, en un barrio de casa-quintas, me regaló a Trajano. Recuerdo con nitidez aquella mañana feliz. Era el mes

de diciembre, el comienzo del verano. Mi madre estaba contenta porque se aproximaba fin de año y sabía que en esa época ganaba más que de costumbre, ya que luego de la fiesta de Reyes llegaban infaliblemente hasta nuestra azotea todos los manteles y servilletas de la zona. Yo también estaba contento. Porque, aunque ya no creía en los Reyes Magos, tenía la seguridad de que el seis de enero aparecían sobre el viejo cajón de tablones que oficiaba, junto a mi cama, de mesa de luz –no en mis zapatos, puesto que mi madre consideraba una parodia inadmisible al acto de esperar a los Reyes si no se creía en ellos– algunas de las golosinas de mi preferencia y hasta dinero.

Como todos los años en esa época, puse especial empeño en que mi madre me permitiera acompañarla en su recorrida matutina, con la seguridad de que recibiría obsequios, probablemente dinero, de alguno de sus clientes.

–Cargaré yo con los atados a la vuelta –dije a mi madre. Ella me observó con gesto desconfiado, pues estaba acostumbrada a que me le distrajera por el camino por nimiedades, la verdad es que era muy curioso, pero al fin, accedió.

Antes de las siete estábamos en la calle, prontos para partir. Mi madre llevaba un atado de ropa planchada sobre la cabeza, siguiendo el uso tradicional, y otro de ropa limpia, pero sin planchar, debajo del brazo. En la mañana que redundaba sol, era como

una de esas figuras serenas y dulces que se ven en las estampas viejas.

Es maravilloso cómo de pronto se iluminan en la memoria, quizá por el entusiasmo con que se evocan, los recuerdos que creíamos perdidos. Las imágenes se hacen súbitamente claras y parecen alumbradas por la misma luz de entonces; recuerdo que esa mañana yo cargaba una pila de sábanas que mi madre había colocado dentro de un cesto de mimbre. La carga era pesada, pero yo iba feliz; pensaba poco, veía mucho. La sola presencia del sol me hacía sentir una dicha vaga, casi física; esa dicha simple, sin profundidades, que parece emanar de los paisajes soleados y penetrar en nosotros y anegar nuestras venas convirtiéndolas en una red de ríos dorados.

El fin de nuestra ronda matinal fue, precisamente, la casa del señor Arteaga, quien me regalaría a Trajano. Ocupaba una gran casa-quinta que estaba situada en la esquina, por la cual había dos accesos: el principal, un gran portón de hierro, y el secundario, es decir, el portillo de servicio. Por él entrábamos habitualmente con mi madre.

Para llegar a la cocina, donde nos atendía alguna de las criadas, debíamos atravesar el fondo de la quinta, y allí, precisamente, ocurrió el acontecimiento. Bimba, la galga negra, había dado a luz hacía poco tiempo y estaba echada al sol con su cría: siete cachorros de párpados pegados, que se me antojaron ratas

más que perros, prendidos desesperadamente a las cálidas ubres rosas.

El señor Arteaga estaba junto a Bimba. Recuerdo que ella tenía la mirada un poco extraviada de las hembras que amamantan; parecía contemplar el cielo, pero en realidad no miraba nada; simplemente gozaba, con instinto maternal, de los tironcitos suaves de sus pequeñas bestias ciegas.

Me aparté de mi madre y en unos segundos estuve ante el maravilloso espectáculo. El señor Arteaga lucía satisfecho.

–Hola, Angelino. ¿Qué te parece? –me dijo, señalando a Bimba y a sus hijos con un ademán de cabeza.

–Son divinos, señor Arteaga. Bimba se ha portado.

–Sí que se ha portado: cinco machos y sólo dos hembras. Es una perra macanuda.

El señor Arteaga prefería, y esto es lo corriente, la cría masculina; los perros tiene más aceptación que las perras, pues no están expuestos a la maternidad, cuya consecuencia fundamental es la de poblar la casa de una caterva de cachorros dos o tres o más veces al año.

El señor Arteaga estaba orgulloso. Se acercó a la perra, que alzó las orejas, inquieta.

–Vamos Bimba; no te excites. Solamente voy a quitarte este glotón –le dijo, y desprendió uno de los cachorros de la ubre deformada y generosa. –Es para que Angelino lo vea.

Entonces me entregó a Trajano, que lucía un vientre redondo, hinchado de leche.

–Tenelo un poco, Angelino –dijo sonriendo.

Yo creo que me ruboricé, que me latió el corazón más aprisa, que me temblaron las manos. Pero lo tomé torpemente. Bimba se incorporó abandonando de repente a sus hijos, que comenzaron a gemir. Su dueño la tranquilizó: –Bueno, Bimba, no seas insociable. Angelino es un amigo y sólo va a tener tu cachorro un momento.

En mi rostro debió de haberse dibujado entonces un gesto que conmovió al hombre; acaso haya oprimido el perrito contra mí o simplemente expresado, con la mirada, mi ansiedad. Lo cierto es que él se dirigió nuevamente a Bimba.

–¿Qué te parece si se lo regalamos?– Y en seguida a mí –¿Te gustaría tenerlo como regalo de reyes?

Yo era un niño suspicaz. Comprendí que tenía que demostrarle plenamente mi exaltado entusiasmo ante la idea.

–¡Ay, señor Arteaga! ¡Sería el mejor regalo de toda mi vida!

Mi madre, que ya había cumplido su recado, nos contemplaba en silencio. Al entender el sentido del diálogo, intervino respetuosamente.

–Pero Señor Arteaga, no lo dirá en serio. Es un galgo, dentro de dos meses estará más grande que el chico.

El señor Arteaga me miraba sonriendo. Los dos comprendimos que la ocurrencia era desproporcionada y eso, precisamente, era lo que nos entusiasmaba más. Bimba observaba, atenta. Trajano había comenzado a gemir entre mis brazos. Esbocé para el señor Arteaga, y creo que también para Bimba, una sonrisa premeditada, llena de ansiedad. El hombre terminó de conmoverse.

–Mire, Doña Plácida, mire cómo desea tenerlo.

Ella comprendió que no podía negarle a su cliente, uno de sus mejores clientes, el placer, tal vez hasta ese instante desconocido para él, de "hacer feliz a un niño pobre". Por eso le respondió accediendo, pero con la esperanza de que, aplazado el acontecimiento, podría idear alguna excusa más eficaz.

Está bien, señor Arteaga; si usted quiere dárselo, se lo agradecemos. Pero eso sí, lo llevamos cuando sea más grande. Sería una injusticia quitárselo a la madre ahora, que todavía no ha abierto los ojos.

–Sí, claro; dentro de dos semanas te venís a buscarlo, Angelino.

Una pesada nube de oscuridad se agolpó sobre mi frente. "A tu edad, Angelino, decía por entonces mi madre, hay que acostumbrarse a tragar las lágrimas como si fueran píldoras".

Yo sabía que era ridículo llorar, y también infructuoso. Pero en quince días podrían pasar cosas tan trágicas como que el señor Arteaga olvidara su pro-

mesa y regalara el cachorro a otra persona. No pude dominarme a pesar de mis esfuerzos.

Dos lágrimas resbalaron hasta el bulto caliente y palpitante que apretaba entre mis manos. Hoy pienso que este fue el bautismo de Trajano, que aún no tenía nombre, pero que ya era mío.

# II

**A** los quince días Trajano se incorporaba al medio familiar. Debo aclarar que el nombre "Trajano" se lo di un mes después, cuando nuestro afecto se había estrechado hasta convertirse en una fervorosa amistad basada en la mutua admiración que nos profesábamos. El cachorro no era para mí un animal gracioso y juguetón que me proporcionaba ratos de esparcimiento, sino que había comenzado a ser un familiar más, tan digno de llevar un nombre humano como yo mismo.

Mi hermana no simpatizó con Trajano e hizo todo lo que pudo para conseguir que mi madre se desprendiera de él, pero al fin, viendo que sus esfuerzos se tornaban inútiles, trato de menospreciarlo ante mis ojos, logrando sólo una ironía simple, a veces estrecha y vulgar, que se concretaba en pullas contra el cachorro y contra mí, apodos torpes lanzados con antipatía, pero sin éxito.

–Angelino, sacá el zopenco de la pieza –u otras veces, fastidiada –Mamá, esa bestia asquerosa ha ensuciado la ropa tendida.

Lo cierto es que, sin que nosotros tuviéramos conciencia plena de lo que sucedía, habíamos comenzado a manejar en torno a la pureza de Trajano esos hilos invisibles pero fuertes que van formando las redes de la discordia.

La verdad es que nunca habíamos sido muy felices. Era difícil serlo. Es difícil. Pero a veces, Trajano y yo lo supimos, la felicidad se logra a fuerza de tanto ansiarla.

Mi madre, más contenida, aunque no mejor dispuesta que mi hermana para con el perro, se conmovía en alguna ocasión por mi ingenuo entusiasmo. Un día, viéndome indeciso ante la elección de un nombre para él, me propuso dos: Galguín y Finito. Yo me sentí indignado. Sabía que había actuado de buena fe, sin ninguna malicia, pero los que había ideado eran vulgares nombres de perros, empeorados por los diminutivos. Ella no podía comprender que era necesario honrarlo de manera tal que Trajano pudiera evadir su propio género canino y aún, de ser posible, el de los hombres corrientes. Era necesario que se le considerara, por lo menos, un "perro-héroe", aunque su única hazaña hubiera sido, hasta entonces, la de hacerme dichoso.

En esta época surgió en mi imaginación, súbitamente, el nombre de "Trajano". Si, un emperador de quien la maestra había hablado el último mes de clase, justo, bondadoso, heroico; más que un nombre de

perro, más que un nombre de ser humano, un nombre escrito en los libros de estudio, "ilustre", como había dicho la maestra. Recuerdo que ese día, pleno de mi triunfo, pasé junto a mi hermana cuando me dirigía a la azotea con la novedad del nombre cantando sus sonidos en mi garganta y, fingiendo un gesto de indiferencia, le dije:

–¿Sabes? Ya tiene nombre.

Ella me respondió violentamente.

–¿Sí? ¿Por cual te decidiste? ¿"Pestoso" o "Sarnita"?

Me indigné tanto que deseé insultarla.

–Sos una envidiosa, una...– comencé a decir. Pero el nombre Trajano me dulcificó de pronto. "No vale la pena enojarse", me dije, y como al descuido, mientras subí la estrecha escalera que conducía a la azotea, grité a mi hermana, contando las sílabas: Tra- ja- no... ¡Se llama Trajano!

Vi su expresión de sorpresa desabrida. Se me quedó mirando, asombrada, con sus grandes ojos azules, hasta que desaparecí de su vista.

# III

La azotea era para mí el paraíso, aunque estábamos en pleno verano y el sol parecía querer derretir el asfalto que de tanto en tanto dibujaba en el piso extrañas figuras brillantes. Yo había construido para Trajano una casilla de madera y lata vieja, amplia, de techo alto, con el fin de que fuera más fresca. Estaba ya colocada junto al gran tanque de agua que nos proveía, de modo que recibía una buena superficie de sombra.

Era la época de mis vacaciones y yo intentaba disfrutarlas lo más posible haciendo feliz a Trajano, a pesar de la oposición tajante que encontrábamos en las mujeres de la casa. Y justamente por allí había comenzado a estrecharse nuestra unión: mentalmente Trajano y yo estuvimos confabulados desde que llegó a nuestro hogar. Éramos el frente masculino contra el frente femenino, más poderoso y hostil a nosotros.

Trajano tenía apenas un mes, pero ya me comprendía. Yo pensaba que poseía, sin duda, una maravillosa alma de niño, y trataba de hacérselo entender a mi madre.

–Pero mamá, te juro que me comprende y me quiere. Es inteligentísimo. No me digas que no tiene alma.

–Claro que te lo digo, los perros no tienen alma –contestaba categóricamente.

Y mi hermana agregaba, tratando de ser brutal en la generalización:

–Y como no tienen alma, cuando se mueren, se acaban del todo–repetía, silabeando, el final de la frase: Del-to-do.

Yo me enfurecía, me quejaba a mi madre pidiéndole una explicación, si no más lógica, por lo menos más humanitaria.

Ella, molesta o quizás impotente para darme una contestación que me satisficiera, terminaba la discusión violentamente.

–¡Bueno, cállense ya! ¡Tengo cosas más importantes en qué pensar antes que en estas tonterías sobre el perro!

Yo me alejaba con un nudo en la garganta y, aunque fuera de noche, me iba a la azotea junto a Trajano, como si tuviera el deber de desagraviarlo. El me esperaba, siempre alegre, haciendo círculos de viento con su rabo inquieto. Me le acercaba despacito y lo tomaba en mis brazos como si me impulsara el deseo de protegerle el alma. Entonces nos reconocíamos. El emitía pequeñas voces que todavía distaban mucho de ser ladridos, pero cuyo significado yo comprendía bien. Se alegraba de verme, era feliz.

Luego su entendimiento se afinaría mucho más, y hoy me atrevo a decir con absoluta sinceridad que, cuando Trajano tuvo tres meses, el y yo podíamos entablar un diálogo dotado de mutua comprensión. Valiéndonos de un sistema de signos propios, nos habíamos creado un lenguaje.

## IV

Es preciso que me refiera ahora a mi familia, compuesta, como ya dije, por mi madre, mi hermana y yo.

Mi madre siempre decía; "yo soy una mujer a quien la vida ha hecho fuerte". Era su autodefinición. Tenía cincuenta años y había sido abandonada por mi padre pocos meses después de nacer yo, por lo cual llevaba sobre sí una carga de sacrificio continuado. Era necesario procurarse el sustento ganándolo todo los días con esfuerzo rudo, intermitente, que anulaba poco a poco no diré el pensamiento –que éste se va reconcentrando cada vez más y puede llegar a ser lúcidamente torturador– pero sí el habla. Ahora comprendo por qué era una mujer silenciosa que pocas veces se abría a la ternura: cavilaba, tenía una vida interior dolorosa pesando sobre su mente y, lo que es más trágico, poblada de secretos. Su parquedad me hacía creerla severa y hasta pensar a veces que no me amaba, lo que provocaba en mí una extraña sensación de abandono que se ahondaba cada día más. A pesar de mis pocos años, recuero que sentía a menudo el vertiginoso deseo del suicidio; un impulso rápido, pasajero, como una agu-

da saeta lanzada en el espacio de mi alma pequeña y perdida en él, puesto que de esta idea me apartaba un ansia más poderosa, aunque un poco indefinida: la de vivir intensamente (o acaso, más que de vivir, de gozar intensamente). Para mí la palabra abstracta "vida" estaba cargada de palpitaciones materiales relacionadas con el placer en todos los aspectos que le conocía; por eso digo con certeza que el verdadero sentido de "vida" –el ideal, el perfecto– era para mí, a pesar de mis pocos años, sinónimo de goce.

Ahora comprendo que los tres éramos sensuales; mi madre poseía una sensualidad contenida. Mi hermana, avasalladora, osada, que le exigía siempre más de lo que ella, de acuerdo con las normas morales aprendidas, podía concederle. De ahí que, sin discernir los motivos, los tres sufriéramos.

Claudia, mi hermana, era una muchacha hostil, para mí desagradable. Yo la molestaba con mis preguntas inocentes y mis indiscreciones, y estoy seguro de que, si hubiera podido hacerlo, me habría eliminado de su camino. No por la violencia, desde luego –aunque a menudo era violenta– sino por medios más cordiales o, por lo menos, más disimulados. Recuerdo, por ejemplo, que una vez que pasábamos un período de gran apremio económico, ella le propuso sin más, a mi madre:

–Angelino es gravoso para nosotras–repitió el adjetivo, como si recién lo descubriera– gravoso. Vi-

viríamos mejor, él y nosotras, si lo pusiéramos en el asilo–. Y como viera que mi madre la observaba con asombro, agregó... por un tiempo, claro, hasta salir del paso.

Todo esto lo pensaba y lo decía sin miramientos, ante mis propios ojos y oídos asombrados. Pienso que mi madre, a su edad, habría sido muy parecida a ella. Pero los años de sufrimiento habían templado su espíritu de tal manera que entre sus pensamientos y sus palabras existía una fragua que lo transfiguraba todo.

Cincuenta años, dieciocho, once; duelos y reconciliaciones y como una amenaza monótona por lo conocida, pero temible siempre, la pobreza, y a veces el hambre. Sobre ese escenario transcurría nuestra vida cuando mi madre, contrariando todo su bagaje de sentido común, permitió que se incorporara Trajano a nuestro grupo. Y desde entonces, lo digo plenamente convencido, a los tres nos cambió la existencia.

# V

A pesar de ser realmente pobres, gozábamos de algunas diversiones, proporcionadas por la naturaleza pintoresca que nos rodeaba. Vivíamos, como ya dije, cerca de la playa; una playa pequeña y rocosa, de arenas firmes y aguas transparentes e invitadoras. Como estábamos en el mes de febrero, caluroso y sereno aquel año, y la playa era muy concurrida, yo prefería ir con Trajano al atardecer, hora en que los bañista se retiraban. Por la mañana Trajano y yo nos limitábamos a dar un paseo por los alrededores, internándonos casi siempre en un bosquecillo que lindaba con el cementerio. Esta actitud me había ocasionado varios choques con las mujeres, pues mi madre deseaba que yo acompañara a Claudia a tomar su baño de mar a la playa. Mi hermana prefería, desde luego, ir sola y argüía ante mi madre:

–Por favor mamá, tenés que curarte de esas ideas anticuadas. Tengo dieciocho años. Además, me encuentro en la playa con las muchachas del barrio.

Mi madre decía que no con la cabeza, obstinadamente. Entonces también yo opinaba, pensando, no en la integridad de mi hermana, sino en Trajano.

–Es una señorita, mamá. Y además va de mañana a la playa, a la hora del sol. No corre ningún peligro, me parece.

–Vos callate– decía mi madre. Y en tono enigmático –Qué saben ustedes de la vida...

Lo cierto es que, a pesar de que ella se consideraba fuerte, nosotros, sobre todo mi hermana, conseguíamos al fin de la discusión el permiso deseado. Recuerdo que Claudia se iba canturreando al dormitorio que compartía con mi madre y comenzaba a vestirse de playa. Allí le entraba, de pronto, una violenta emoción y nos gritaba, especialmente a mi madre.

–¡Mire que tenga que ir un año más a la playa con este traje de baño descolorido! ¡Qué desgracia ser pobre!

Mi madre la consolaba como podía.

–No te quejes, Claudina. Tenés lo que muchas de esas ricachas que lucen a la última moda desearían robarte, juventud y belleza. No te quejes, no tientes a la desgracia.

Y yo, influido por el catecismo que me habían enseñado en la parroquia para tomar mi primera comunión, agregaba en tono grandilocuente y convencido.

–No desafíes a Dios.

Mi madre me miraba entonces, sudorosa, desde su rincón de la cocina y meneaba la cabeza. Yo no comprendía, no podía imaginar lo que pensaba. Probable-

mente –me digo hoy– ella ya no creía en Dios, aunque nunca nos lo haya confiado.

De pronto Claudina irrumpía ante nosotros con una amplia sonrisa de satisfacción, provocada por el contento de su propio físico. Se contemplaba en el espejo del antiguo bargueño ceñida en su traje de algodón a flores.

–¿Cómo luzco, macaco?–me preguntaba, vanidosa.

–Estás bien– le respondía yo y decía realmente lo que pensaba, porque no la encontraba "muy bien" lo cual hubiera sido más o menos lo mismo que encontrarla "hermosa", sino "pasable", es decir, poseedora de cierta gracia juvenil, de un cuerpo bastante esbelto, aunque para mí, tenía los senos demasiados grandes, y de unos ojos inexpresivos, tal vez bonitos justamente por su calmosa indiferencia.

Mi madre se le acercaba secándose las manos en su delantal grasiento. También ella habría tenido ojos grandes y tranquilos, pechos abundantes y piernas delgadas y firmes. Cuando la contemplaba, seria, sin hablar, estoy seguro de que en su cerebro actualizaba desordenadamente pedazos de su propio pasado.

Claudia, que era bastante mayor que yo, quizás entendería algo.

–Bueno, mamá, no estés tan reflexiva. Pensá que tengo derecho a unas vacaciones. He aprobado el año en la escuela, ¿no?

Era verdad. Mi hermana aprendía comercio y había obtenido el "título de dactilógrafa", como ella decía. Pensaba emplearse muy pronto; por lo menos esa era su mayor esperanza, pues no quería ser lavandera. "Pobre mamá– comentaba a veces– le ha tocado una suerte ruin".

Claudia era una muchacha activa. Su naturaleza le exigía tener siempre una ocupación en la cual gastar sus energías de mujer joven y sana. Hoy pienso que ya entonces se temía a sí misma, soñándose, tal vez, poseedora de un destino azaroso.

Los silencios de mi madre la exacerbaban.

–¡Me voy!– gritaba de pronto–. ¡No puedo soportar que me mires así, como si estuvieras segura de que me va a pisar un auto!

Y se iba nomás, cerrando de un golpe la puerta de acceso.

Oíamos sus pasos en la escalera; bajaba los tres pisos corriendo, como si se despeñara, y ya en la calle mi madre y yo la contemplábamos desde la ventana; se secaba con prisa el sudor de la frente y, adoptando un paso coqueto, aunque aparentemente descuidado, se marchaba sin concedernos ni una sola mirada.

Entonces mi madre se irritaba de súbito, rompiendo el silencio como si fuera un globo de goma que ella hacía estallar de un pinchazo.

–¿Qué? ¿Qué me miras? ¿Tengo monos en la cara?– me decía furiosa.

–Pero mamá– protestaba yo–, no te enojes conmigo.

–¡Oh, andá, andá nomás a pasear a tu perro, que es lo único que te importa!

–Y yo le obedecía gustoso, porque era eso realmente, lo que estaba deseando.

# VI

Al mediodía, cuando el sol de febrero parece querer resquebrajar el hormigonado de las calles, a nadie se le ocurría ir al bosquecillo del cementerio teniendo tan próxima la frescura acogedora del mar. Esto era una ventaja para Trajano y para mí, porque podíamos recorrerlo solos, dialogando y gozando plenamente de todo cuanto la naturaleza podía ofrecer a nuestra curiosidad siempre despierta.

En la azotea era imposible tener entrevistas matutinas, porque el calor lo impedía. Apenas si lo resistía Trajano, jadeando bajo el techo de su casilla que el sol venía recalentando desde la mañana. Por eso, en cuanto obtenía permiso de mi madre, nos íbamos al bosque. Trajano comenzaba a dar saltos en la calle, emprendía carreritas hasta la esquina, se detenía de golpe y, luego de un momento de irresolución, daba la vuelta y me alcanzaba nuevamente. Así hasta que llegábamos. Recuerdo que la primera vez que fuimos se lanzó a explorar el bosque solo. Quería conocer y, sobre todo, elegir. Dio varias vueltas entre los árboles, pero sin dudas los tábanos y mosquitos que

pululaban por allí– muy cerca había un arroyo– no fueron muy hospitalarios, porque volvió enseguida junto a mí. Yo, como siempre, lo esperaba sonriendo. Me miró unos instantes con los ojos redondos, pensativos, y emprendió una repentina carrera, desapareciendo por una pequeña senda que parecía una cinta de seda amarilla perdiéndose entre los árboles. No quise seguirlo. Hacía calor y no me sentía con ánimo para corridas. Me limité a echarme bajo un árbol y esperar. Luego de un minuto volvió, jadeante, a mi lado.

–Y bien, Trajano. ¿Qué encontraste entre los árboles? –me miraba, sentando junto a mí, muy quietecito. _Nada que valga la pena ¿Verdad? Bueno, vení acá; acostate para descansar un rato.

Lo alcancé con un brazo e hice presión sobre su lomo lustroso. Pero se resistió. Comprendí que solamente estaba tomando aliento para proseguir su exploración. Pronto se alzó de nuevo, internándose por otra senda que llevaba a lo más espeso del bosque. No lo seguí. Esta vez se demoró un poco más; no volvió junto a mí sino que comenzó a ladrarme desde la espesura. Ladridos pequeños y espaciados de cachorro, que significaban –yo lo sabía bien– alegría, novedad. Entonces me interné entre los árboles siguiendo el camino que él había escogido. De vez en cuando, sin duda para guiarme, lanzaba nuevas voces que llegaban hasta mí como campanillazos sonoros. Sabía que

yo iba por él, pues reconocía mis pasos con gran facilidad y a la distancia.

El sendero se perdía muy pronto entre los pastos y las matas que crecían desordenadamente. Pero lo mismo pude encontrarlo en un rincón del bosque, junto al muro del cementerio, que en ese lugar estaba semiderruido y cubierto de musgo. Era un sitio tupido, silencioso, hasta el cual no llegaba el sol; el más fresco del bosque.

La proximidad de las tumbas no nos intimidaba. Estaba acostumbrado a contemplar los grandes monumentos callados y las inscripciones recordatorias no me conmovían sino que por el contrario, me gustaba detenerme ante ellas y leerlas lentamente, porque decían extrañas cosas un poco incomprensibles pero fascinantes sobre el alma, el cielo y Dios mismo. Alguna vez, incluso, hablé a Trajano del mundo subterráneo de los muertos, explicándole que aquellas losas blancas eran las puertas –siempre cerradas– de sus casas, y que abajo dormían los cuerpos eternamente, desposeídos ya de sus almas, las cuales habitaban otros mundos por encima de las nubes.

Allí, bajo los árboles frondosos, nos tendíamos cuan largos éramos.

Comencé a acariciarle las orejas y a pensar que, aislados de la gente, nos sentíamos esencialmente felices.

# VII

Hacia fines de febrero, una mañana, Trajano y yo vimos regresar a Claudia tomada de la mano del joven turista de la "casa grande".

Al lado de nuestro edificio –y como excepción en el barrio– había una mansión antigua, de aspecto severo, que constaba también de tres pisos, como nuestra casa, aunque era un poco más baja, En ella vivía un matrimonio de ancianos quienes, según se comentaba entre los vecinos, pertenecían a una familia de estirpe de Buenos Aires. Lo cierto es que, si eran "unos aristócratas", como mi madre decía indignada porque no le daban a lavar sus ropas, no hacían la vida que nosotros suponíamos natural en la gente de abolengo; ni fiestas, ni reuniones, ni paseos en automóvil, ni nada que los distinguiera como potentados. Mi hermana pensaba que eran "aristócratas venidos a menos", es decir, que tenían apellido ilustre, pero no dinero. La verdad es que, como casi no los veíamos, porque vivían prácticamente enclaustrados en su mansión, nadie se ocupaba mucho de ellos.

Pero aquel verano las cosas cambiaron, pues los vecinos habían hospedado a un sobrino de Buenos Aires; un joven que tendría veinte años, de tez pálida y grandes ojos oscuros. Yo había oído comentar en el almacén y en la lechería a las chicas pobres del barrio: "Es un tesoro… es primoroso". "Y dicen que estudia, que se recibirá pronto de abogado..." "¡Ah –suspiraban–, qué ojos tiene!". "Y se viste maravillosamente, a la última moda de Buenos Aires...".

Mi hermana, que solía emitir las opiniones más interesantes en estos corrillos de barrio, había permanecido extrañamente muda al respecto.

Aquella mañana comprendí su silencio: era "parte interesada".

A las doce del día muy pocas personas transitaban por la calle, y quizá por eso, pensé, Claudia se había atrevido a venir tomada de la mano del muchacho casi hasta la puerta de la casa.

Recuerdo que, en un primer instante, ella no me vio. Caminaba ensimismada, pendiente de los ojos de su compañero. Tenía las mejillas encendidas y estaba muy seria. El vestido, abotonado adelante, se había desprendido y dejaba ver sus muslos dorados. No marchaba como siempre, consciente de sus pasos y de sus movimientos. Parecía hechizada; se me antojó de pronto una mujer distinta, enigmática, casi hermosa. Nunca había pensado, hasta ese entonces, en una Claudia enamorada y menos aún en una Claudia con

posibilidades de enamorar. Por eso la sorpresa fue más grande.

Me había sentado en el umbral de la puerta y esperaba a Trajano, que siempre se retrasaba para entrar en casa. Fue él, y no yo, quien reconoció primero a mi hermana y se adelantó hacia ella. Lo llamé desde la puerta pero no me hizo caso. Entonces vi que, sorprendida ante los ladridos de Trajano, mi hermana se había separado del joven y miraba al perro con odio.

Volví a llamarlo. Trajano regresó junto a mí y ambos comenzamos a subir lentamente la escalera. Yo tenía mis pensamientos muy confusos. Había recibido una sorpresa grande y no sabía realmente qué actitud tomar ante mi madre, desde luego.

Mi hermana nos alcanzó corriendo cuando íbamos por el segundo piso. Nos miraba con ansiedad que embellecía sus ojos, por lo común fríos, indiferentes a todo. Me tomó del brazo.

–¿Qué? ¿Vas apurado a llevar el chisme?

Me desprendí bruscamente, pero no le respondí. Ella estaba temblando.

–Angelino, ¿no le dirás nada, verdad?

En realidad, yo no sabía que contestarle, y por eso, creo, permanecí callado. Mi silencio la exasperó. Me tomó por los hombros y me sacudió furiosamente. Entonces sucedió lo inesperado. Trajano, que nos precedía, se volvió de pronto y se lanzó sobre ella, cla-

vándole sus dientes afilados en la pantorrilla, Claudia me dejó, desconcertada. Estaba tan nerviosa que no podía siquiera gritar. Se desplomó en un escalón, sollozando.

Trajano la miraba y gruñía. Yo fui el primero en reaccionar.

–Pero Trajano ¿Por qué hiciste eso? –alcancé mi pañuelo a Claudia y le pregunté –¿Te lastimó mucho?

Me acerqué a ella y vi que los dientes de Trajano apenas habían rasguñado su piel. Entonces dirigí a Trajano una mirada de inteligencia, pues comprendí que él sólo había deseado llamarle la atención acerca del trato que yo merecía; había querido, simplemente, darle una lección.

Claudia se iba recuperando lentamente. Y mientras lo hacía tramaba un acuerdo.

–Está bien, Angelino. No le diré a mamá que Trajano me ha mordido. Fijate que si le cuento el perro "vuela" de la casa...

Pensé que era verdad. Ella continuó.

–Pero vos tenés que jurarme que no has visto nada en la calle. Nada, ¿entendés?

Era lo mejor. El pacto lo solucionaba todo, y para mí, con ganancias. No perdería a Trajano y me vería libre de la responsabilidad de contar a mi madre lo de Claudia. Le respondí apresuradamente.

–Sí, sí, está bien, te lo juro.

Me sentí aliviado. Y creo que a ella le sucedió lo mismo.

Entonces, ya tranquilos, aunque sofocados, los tres proseguimos nuestra ascensión.

# VIII

El domingo había sido para mí un día de pequeñas satisfacciones, hasta que Trajano apareció en mi vida. Mi madre me llevaba desde la mañana hasta una chacrita de la zona suburbana, donde vivía su mejor amiga, o mejor dicho, su única amiga, Aurelia Valiñas, a quien estábamos unidos por lazos de parentesco, pues era prima de mi padre.

Aurelia se había mostrado siempre adicta a mi madre, acompañándola, compadeciéndola y consolándola desde que había sido abandonada. Ambas se querían con una amistad serena, basada en un entendimiento lleno de secretos y de recuerdos comunes.

Los sábados de noche, mi madre, pensando en la visita que al otro día haría a Aurelia, trabajaba especialmente en la cocina.

Hasta mi cama, situada en un ángulo de la habitación que oficiaba a la vez de comedor, sala, dormitorio y pieza de planchado, llegaba el olor apetitoso de los pasteles fritos y el cálido crujir de la masa que se abría en el aceite hirviendo como una flor viviente. Al fin me dormía, pensando que por la mañana, cuando

Claudia y yo fuéramos a la cocina para desayunarnos, mi madre tendría ya preparada una gran bandeja de pasteles de hojaldre.

El comienzo del domingo era siempre muy acogedor. Mi madre se mostraba más expansiva que de costumbre; a veces, hasta nos regalaba una alegría ingenua que se transparentaba en las pequeñas arrugas distendidas sobre las comisuras de sus labios. Nos ofrecía un pastel con la leche caliente y, para nosotros, acostumbrados a beberla sin acompañantes suculentos, era un verdadero regocijo. Luego me enviaba a vestir.

–Ponete la ropa del domingo, Angelino, que hoy vamos a lo de Aurelia.

Mi hermana, que a esa hora solía estar de un humor detestable, intervenía con alguna observación agria:

–Y, para variar, van a lo de Aurelia. El domingo que viene organicen, mejor, una excursión al balneario. Así cambian de panorama.

Mi madre no respondía a sus ironías. Simplemente, le dedicaba una sonrisa de aburrida suficiencia.

Cerca de las diez de la mañana tomábamos el tranvía. El viaje duraba, más o menos, una hora. Primeramente cruzábamos la ciudad, y yo me deleitaba mirando el movimiento de la gente que preparaba también su domingo, los hombres iban cargados de paquetes, a veces grasientos, otros frescos y olorosos a fruta. Las mujeres llevaban niños en los brazos, niños

de la mano; una inmensa mayoría de niños, muchos de los cuales tenían seguramente el mismo entusiasmo que yo por contemplarlo todo. Luego el tranvía atravesaba una zona menos poblada. Comenzaba entonces a ver pedacitos de verde campo acolchonado, animales de ojos repentinos, aljibes, pozos, cercos cubiertos de trepadoras. Todo esto me apasionaba, porque me hacía soñar ambientes nuevos, desconocidos.

Por fin llegábamos a nuestro destino. Teníamos que recorrer aún, a pie, tres cuadras de tierra, pero las hacíamos presurosos, ansiando llegar. Durante este trayecto comenzaba recién nuestro diálogo, pues en el tranvía ambos íbamos mudos, atentos los dos a pensamientos diferentes. Yo, ávido de cuanto veía a través de la ventanilla, soñaba con viajes muy largos a remotos países; casi no observaba a mi madre, cuya melancolía hacía crisis en el tren, al evocar tal vez ese mismo recorrido en la época lejana en que lo hiciera con mi padre. El tranvía era un hilo más que la ataba a su secreto pasado.

Pero mientras caminábamos hacia lo de Aurelia, ambos recobrábamos el habla, y nuestras relaciones solían estrecharse. Yo comenzaba a preguntar cosas.

–¿Me dejará tía Aurelia ayudar a ordeñar las vacas?... ¿La "Sureña" habrá tenido ya su ternero?

Claro, todas preguntas relativas a los pocos animales de la chacra, que mi madre contestaba parcamente, pero sonriendo.

Llegábamos tomados del brazo, los dos ingenuamente alegres.

Aurelia salía a recibirnos con su rostro apacible, y ambas mujeres, mi madre y ella, se abrazaban y luego se miraban de arriba abajo, como si cada domingo se descubrieran. Yo me iba enseguida afuera, con un peoncito que ayudaba a tía Aurelia en todas sus tareas, y no volvía hasta que no escuchaba la voz amplia de nuestra anfitriona que me llamaba para el almuerzo.

Recuerdo el comedor, espacioso, claro, en el que todas las cosas me parecían muy blancas, extrañamente mágicas bajo el toque poderoso del sol del mediodía. Eran almuerzos abundantes que tenían para mí la cálida novedad del vino y la agradable sorpresa de un postre siempre distinto.

Las mujeres hablaban y reían; yo las miraba y mi madre me parecía más joven, a veces hasta bella, transfigurada por la suave persistencia de la luz que dulcificaba su rostro.

No recuerdo un domingo nublado en la casa de tía Aurelia. Los habremos tenido, sin duda, pero la memoria sólo ha guardado esos almuerzos de manteles blancos seguidos de largas tardes al aire libre en las que mi gula de tortas y pasteles era colmada junto con el placer excitante de verme actuando en un mundo casi fantástico de animales y de abierta naturaleza. Yo me sentía un poco el rey de todo aquello, y mi reino

improvisado, que duraba una tarde, se alza hoy nítidamente en la memoria.

Pero ya dije que cuando llegó Trajano todo eso cambió radicalmente. Yo imaginé al principio cuánto nos divertiríamos juntos en la chacra, y esta idea ocupó mi mente hasta el doloroso fin de semana en que se la comuniqué a mi madre. Recuerdo con exactitud su gesto de asombro.

–Pero Angelino ¿estás loco? ¿Crees que te permitirían llevar el perro en el tranvía? ¿No sabés que está prohibido viajar con animales?

Yo no había pensado en el viaje. Me veía con él ya en la chacra, corriendo entre los arriates de flores o removiendo la tierra de las verduras. Pero en el viaje, lo repito, no había pensado.

Sin embargo, planeé rápidamente una solución.

–Mamá, lo llevaré escondido en uno de los canastos de la ropa.

Mi madre no pudo menos que festejar la idea.

–¡Ah, qué tonto sos, Angelino! –exclamó riendo –¿Te imaginás a ese perro, el más inquieto que he visto, una hora dentro de una canasta? ¡Estás loco!

Dije entonces que preferiría quedarme. Ella se negó.

–¡Estás loco, estás loco! –repetía. Y terminó decepcionándome definitivamente.

– Mirá, Angelino, como sigas insistiendo, yo sé a dónde va a ir a parar ese perro.

Ya no insistí, la batalla estaba perdida. Y esa noche, acongojado, tuve que subir a decírselo a Trajano. No me sentía con fuerzas para dejar pasar un día entero sin haberle avisado, y menos aún para abandonarlo sin antes comunicárselo. Pensaba en cómo me esperaría ansioso, la mañana del domingo; y cómo se sorprendería cuando viera que nadie le llevaba su almuerzo.

Trajano era todavía muy pequeño, pero, como ya dije, me comprendía plenamente. Cuando subí a la azotea me lo encontré atento a la pequeña puerta por donde esperaba verme aparecer, pues yo lo llevaba siempre, antes de recogerme, a pasear por la playa. Notó en mí, de inmediato, algo extraño, desagradable. Lo acaricié en silencio y miré el cielo, pensando si detrás de aquel vidrio negro que redundaba estrellas, existiría realmente un Dios a quien la gente creía infinitamente bueno. "Y si es tan bueno, me dije, ¿cómo permite que los amigos que se quieren tengan que separarse?"

Trajano inclinó la cabeza hacia un lado y, con las orejas semierguidas, empezó a mirarme ansiosamente, con unos ojos tiernos y húmedos, que parecían reflejar las claridades de la noche. Lo estreché contra mi pecho. Su corazón latía aceleradamente. Entonces empecé a confiarle, sin olvidar ningún detalle, la reciente disputa y sus nefastas consecuencias.

# IX

Los fines de semana que siguieron fueron amargos para mí, pero también para mi madre. Yo la acompañaba de mala gana y ella, naturalmente, se afligía. A veces pienso que hubiera preferido dejarme con Trajano, pero su convicción de que debía ser severa con nosotros– conmigo, sobre todo, que era varón– se lo impedía. Mi hermana contribuía, en parte, a su tristeza. Tampoco ella quería participar en la excursión dominical y los sábados por la noche se mostraba extrañamente excitada. Mi madre no se imaginaba a qué se debía ese estado nervioso de Claudia, pero yo, que no había olvidado su escena idílica, aunque la había callado, sí me imaginaba cosas. Y seguramente no estaba errado en mis fantasías.

Un domingo mi madre resolvió, de repente, no ir a lo de la tía Aurelia.

–Si ninguno de los dos quiere acompañarme, pues no iremos. Estas son las satisfacciones que dan los hijos después que una se mata trabajando por ellos.

Muy pocas veces nos hacía este tipo de reproches, pero aquella mañana estaba agresiva y locuaz. Mi her-

mana, que bebía su tazón de leche, se irguió repentinamente. Noté que el rubor cubría sus mejillas.

–¿Cómo? ¿No saldrás hoy?– le preguntó.

–No saldré, no; nos quedaremos todos en casa. Será un domingo como cualquier otro día de la semana.

Yo también me sentí temeroso.

–Pero me dejarás salir con Trajano, ¿verdad?

Mi madre sonrió sarcásticamente. Comprendí que quería vengarse.

–No, mi hijito. No saldrás con Trajano. Él también compartirá nuestro domingo en casa.

Era desastroso, evidentemente, pero más para Claudia que para mí. Se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación sin poder ocultar su inquietud. Mi madre no pudo menos que atisbar algo.

–¿Pero qué te pasa que te sentó tan mal la noticia? Al fin y al cabo, ¿no decís que cuando nosotros vamos a lo de Aurelia viene tu amiga Clara a acompañarte?

–Sí…pero ahora…–vaciló mi hermana, que visiblemente ocultaba algo.

–Ahora nada. Vendrá nomás, como otras veces, sólo que también nosotros, Angelino y yo, compartiremos tu almuerzo.

Mi hermana no pudo contenerse, no podía resistir más la idea de que sus proyectos dominicales se le vinieran al suelo de golpe y descargó su furia sobre mí.

–Y vos, ¿por qué no querés acompañarla? ¿Por ese perro desgraciado que no podés dejar nunca? Al fin de cuentas, ¿qué es Trajano para vos? ¿Más que tu madre, que tu hermana, lo que más querés en el mundo?

Me miraba llorosa, frenética. Mi madre nos contemplaba asombrada. Yo también estaba desconcertado ante este súbito ataque de furia. Ella me exigía:

–¡Contestá, contestá! ¡Decí nomás que lo querés más que a mamá, más que a todo!

Entonces ocurrió en mí algo inesperado; comprendí, de súbito, que era cierto lo que ella afirmaba. Las miré a ambas. Mi madre, con el gesto endurecido y ávido; Claudia, con las facciones alteradas por la violencia. Y cerrando los ojos, pensé en la dulzura de Trajano, en su resignación callada, en el amor alegre, sano, desinteresado, que me prodigaba a raudales. Y lentamente contesté como si yo mismo, y no mi hermana, hubiera formulado la pregunta.

–Sí, lo quiero más que a nadie en el mundo. Porque me tiene sólo a mí, porque es bueno y tranquilo y no grita como ustedes, aunque ahora mismo esté en la azotea muriéndose de calor…

Cuando abrí los ojos las dos me miraban atónitas. Claudia reaccionó primero.

–¿Ves, mamá, ves? Es un inconsciente.

Mi madre tenía el rostro desencajado y un dolor inexplicable para mí le crispaba los labios. Pensé que

estaba furiosa. Se irguió en silencio y, dirigiéndose hacia el dormitorio, me dijo:

–Te vestís enseguida, Angelino. Dentro de cinco minutos salimos para lo de la tía. Y no vas ni antes, ni después a ver al perro, ¿entendido?

Insinué un gesto de protesta.

–¡No me contestes nada! ¡No te quejes!– gritó y se precipitó en su habitación cerrando de un golpe la puerta.

Mi hermana, que sin duda se sentía responsable de haber hecho derivar las cosas hacia ese fin, se fue sin mirarme a la cocina. Y yo, desesperado, me lancé boca abajo en mi pequeña cama de hierro y comencé a llorar en silencio con una rabia sorda que poco a poco se tornaba odio. Y mientras sollozaba, mordía con fuerza la almohada para que no se oyeran mis gemidos.

# X

Ya dije que mi madre no era persona de hacer reproches. A aquella escena del domingo que terminó con una excursión triste y callada a lo de tía Aurelia, siguieron días más amargos y silenciosos aún. Los tres nos sentíamos responsables, pero ninguno quería disculparse ante los otros. Estoy seguro de que mi madre, tan estricta para juzgarse a sí misma, se torturaba pensando que ella era culpable de que no la quisieran los hijos. Yo la había oído aquella tarde dolorosa decirle a Aurelia, a quien había confiado lo ocurrido:

–Sé que tengo la culpa de que sean así. He querido ser firme con ellos, educarlos para bien. Pero no he podido. Estoy vencida, vencida...

Frente a la calurosa acogida de Aurelia, mi madre desahogaba su desesperación contenida por un mutismo apretado que sellaba sus emociones durante la semana. Ante Aurelia se distendía espiritualmente. Hablaba del pasado, de nosotros; era, en una palabra, ella, ella verdadera y no la máscara de severidad que fingía ante los demás y ante nosotros mismos, para ser, de acuerdo con su definición, “una mujer a quien

la vida ha hecho fuerte". De ahí su deseo de ir a ver a su amiga todos los domingos; mejor dicho, su necesidad de ir a verla todos los domingos.

Pienso hoy que esas veladas junto a Aurelia se convertían en verdaderas confesiones que no se hubiera atrevido a verter en oídos de un sacerdote. Porque mi madre, ahora lo comprendo, era una mujer tímida que quería ser osada, una mujer débil que quería ser fuerte. Era, como tantos seres, una inconsciente y lamentable equivocación.

Mi hermana también sufría, aunque con un sufrimiento distinto, mitigado por las satisfacciones sentimentales de que en esos momentos gozaba. Se sentía responsable ante mi madre, porque había sido ella, al fin y al cabo, quien me había exigido la confesión de mi amor ilimitado por Trajano. Y esto le producía un remordimiento suavizado, desde luego, por la felicidad secreta que le proporcionaban sus escondidos amores.

Claudia no había confiado a mi madre su noviazgo. Más que por temor, pienso que había sido porque el mantenerlo en secreto le proporcionaba un placer excitante que colmaba en parte su ansiedad de aventura y de riesgo en un mundo opaco que nada le prometía.

En verdad, yo no me ocupaba mucho de ella ni de sus problemas; otras cosas para mí más importantes requerían mi atención. Luego del incidente con mi madre, había creído, en un principio, que ella iba a tomar medidas drásticas. Pude notar, sin embargo,

que no se mostraba dispuesta a separarme de Trajano. Eso sí, no lo mencionaba nunca. Yo trataba de disimular lo más posible nuestras relaciones; me evadía, silencioso, a la azotea, y juntaba yo mismo los restos de nuestras comidas –tarea que hasta entonces había realizado mi madre– mezclándolos con un poco de leche para llevárselos luego sigilosamente. Mi madre me dejaba hacer, como si me ignorara. Recuerdo que esta situación de contenida hostilidad me tenía los nervios destrozados. Muchas veces pensé en acercarme a mi madre y echarme a llorar y pedirle que me perdonara. Hubiera preferido un castigo físico cruel antes que aquel estado de cosas, por demás angustioso, en el que los tres nos hallábamos sumidos como dentro de una cargada nube de tormenta que, a punto de estallar, no se transformaba nunca en lluvia.

Los primeros días no me atreví a bajar a Trajano. Me limitaba, como dije, a visitarlo en la azotea. Antes del mediodía, Trajano comenzaba a mostrarse inquieto; echaba de menos nuestras excursiones al bosque. Yo trataba de consolarlo con mi compañía y, a pesar del suplicio del sol, permanecía junto a él. Lo remojaba a menudo con el agua del tanque, la cual, desde luego, no estaba fresca. Yo me protegía con un sombrero de hilo blanco que humedecía antes de salir a la azotea. Los dos estábamos tristes, pero unidos. Compartíamos con resignación las consecuencias de querernos por sobre todos los seres y las cosas.

# XI

Uno de esos mediodías en que yo estaba con Trajano en la azotea mi madre dejó de ignorarme de pronto; oí sus gritos, llamándome, y enseguida acudí a ella, sofocado y a la vez tembloroso, con el temor de que hubiera decidido algo acerca de la suerte de Trajano. Pero no se trataba de eso; inquieta y sudorosa, habló apresuradamente:

–Es más de la una. Me parece que tu hermana esta colmando los límites de mi paciencia. Andá a la playa y decile que vuelva enseguida o que yo misma iré a buscarla.

Tenía las facciones endurecidas por una evidente conmoción interna. Yo la obedecí de inmediato, ansioso como estaba de congraciarme con ella. Decidí emprender el trayecto que realizaba mi hermana cuando regresaba a casa de la playa, pensando en encontrarla. Pero fue inútil. Llegué a la costa. A esa hora casi todos los bañistas matutinos se habían retirado de modo que habría sido tarea fácil localizarla, de haber estado allí.

Mas no la encontré. En el camino de vuelta em-

pecé a meditar sobre qué debía decirle a mi madre; no podía confiarle aquella anécdota lejana, porque yo había hecho una promesa y violarla hubiera sido desleal; claro que una confesión de ese tipo me hubiera valido, quizá, su perdón. Por otro lado estaba el problema de su tranquilidad. Sabiendo algo acerca de los amoríos de Claudia, no debía permitir que aumentara la desesperación de mi madre ante esa inexplicable demora, no tan inexplicable para mí desde que imaginaba perfectamente posible que ella se hubiera retrasado por cualquier causa relacionada con su novio, deteniéndose, por ejemplo, en un bar de refrescos. Haciéndome estas reflexiones y sin haber resuelto nada, llegué a casa, pero cuando me disponía a sentarme un momento en el umbral para ordenar un poco mis ideas, vi que mi madre se precipitaba ansiosamente sobre mí. Estaba encendida y jadeante:

–¿Qué hay, Angelino? ¿No la has encontrado?

–No... aunque quizás –comencé a titubear, tratando de hallar una excusa para que la calmara un poco. Pero fue inútil. Ella se interrogaba desesperadamente.

–¿Le habrá pasado algo? ¿Dónde estará? ¡Es espantoso!

Me tomaba las manos, se desprendía bruscamente, sin decidirse, por horror, a lanzarse a la calle. No lloraba. La expresión de su rostro en ese instante –no he podido olvidarla– revelaba una angustia desoladora.

Cuando ya se disponía a salir, los dos oímos de pronto una carcajada contenida. Era mi hermana que llegaba y, no en el zaguán nuestro, sino en el de los vecinos de la casa grande, se despedía de su novio. Mi madre me miró con sorpresa. Percibía la voz de su hija y la de un hombre como susurros de palomas enamoradas, pero no alcanzaba a comprender. Me habló en voz baja.

–Pero, ¿Qué hace? ¿Con quién está la condenada?

Traté de tranquilizarla y al mismo tiempo, detenerla.

–Mamá, sosegate, por favor. Creo que está con el muchacho de al lado, ese que vino de Buenos Aires.

–¿Y qué tiene que distraerse con él? ¡Yo voy a traerla a bofetadas...! – Y se precipitó a la calle. Pero el joven ya había entrado en su casa, y mi hermana se enfrentó súbitamente con ella.

–¡Mamá!

Mi madre la tomó del brazo y, entrándola en nuestro zaguán, le musitó casi al oído.

–Sí. ¿Qué me decís?

Claudia se desprendió violentamente y comenzó a subir las escaleras corriendo. Mi madre le gritó, perpleja ante su inesperada actitud:

–¡Claudia! ¡Vení acá!– Pero, como no le obedeció, se lanzó detrás de ella y yo las seguí.

Se produjo entonces una escena desagradable; mi hermana se quejó llorando histéricamente.

–¡Es horrible! Ahora querrás reprocharme hasta que esté enamorada. ¡No nos dejás vivir! ¡No nos dejás vivir!

No sé si a propósito o inconscientemente, Claudia pluralizaba incluyéndome a mí en sus lamentaciones. Yo hubiera deseado escabullirme a la azotea, abandonarlas en una riña que para mí era de mujeres; irme con Trajano y acurrucarme junto a él, sordo, ajeno a todas las vergüenzas y mezquindades del mundo.

Y lo hubiera hecho, aprovechando la confusión del momento, pero de pronto, mi madre, que nunca nos castigaba, dio a Claudia una bofetada seca. Yo quedé paralizado por ese chasquido opaco al que siguió un silencio jadeante. Ellas se miraron de frente. Claudia, sorprendida, había dejado de llorar y se acariciaba la mejilla húmeda y roja. Mi madre, más sorprendida aún, no alcanzaba a comprender lo que había hecho. Se dejó caer en una silla, como si le faltaran fuerzas par seguir viviendo y sucedió algo inusitado, comenzó a llorar amargamente, con el rostro alto, bajos los párpados, en los labios una mueca de cansancio y humillación. Nunca la habíamos visto llorar así, cual un ser sin esperanza que no se atreve a exigir consuelo de nadie.

Nos acercamos los dos –Claudia y yo– movidos por un mismo impulso. La vimos débil, sola, agotada y nos pareció de pronto que se habían roto todas las barreras de rencor y de incomprensión que desde

hacía tiempo nos separaban. Pero cuando nos arrojamos sobre su regazo, sollozando, ella se alzó sobre su propio dolor, como si al desprendernos físicamente lo echara sobre nosotros, arrojándolo lejos de sí.

–No, no hagan escenas, por favor– nos dijo adoptando un gesto de indiferencia.

–Vamos a almorzar, dejemos esto.

Y mientras hablaba, se iba sintiendo nuevamente cómoda en su máscara de "mujer a quien la vida ha hecho fuerte". Trataba de ahogar con sus palabras apretadas y tajantes la vergüenza de haberse dejado ver por nosotros débil y triste, tal como en realidad era.

# XII

A aquella repentina explosión siguió una tregua de calma, los tres nos volvimos muy solícitos, tratando de complacernos mutuamente. Lo cierto es que nos habíamos liberado un poco de nuestras angustias reprimidas y precisábamos, con una necesidad perentoria, casi orgánica, volver a nuestra vida cotidiana, en lo poco o mucho que ella tenía de sinceridad.

La noche siguiente yo me atreví a bajar a Trajano a la calle. Mi madre planchaba frente a la ventana abierta y de cuando en cuando miraba el cielo estrellado. Claudia lavaba nuestra humilde vajilla en la cocina, canturreando un son de moda con voz espesa.

Pensé que debía a mi madre, si no una explicación, por lo menos unas palabras cuya respuesta me asegurara su desenojo.

–Sabes, mamá, como Trajano hace días que no sale y la noche está tan linda...

Mi madre miró a Trajano e insinuó una sonrisa; casi una mueca, entre irónica y despreciativa. Bajé la mirada hasta él y comprendí. Mientras yo hablaba, la figura de Trajano ilustraba mi estado anímico; por su

cabeza humildemente inclinada y sus orejas caídas, se habría dicho que estaba temeroso y apocado; pero por un leve temblor que estremecía su cuerpo y ciertos pequeños círculos que de pronto se atrevía a describir en el aire con su cola, se adivinaba también que estaba ansioso, desafiante y seguro de lograr lo anhelado. No sé si mi madre habrá percibido totalmente esta sutil correspondencia entre nosotros; lo cierto es que, meneando la cabeza, creo que con un dejo de sarcasmo, dijo:

–Son uno para el otro, tal para cual. Vayan a divertirse, vayan.

No medité mucho el sentido de sus palabras. Nos fuimos corriendo hasta la playa desierta, con su arena fría que se pegaba al cuerpo sudoroso, con las estrellas y la luna que, generosas, nos ofrecían su fresca luz, más reconfortante, en esos momentos, que el agua del mar. El corazón nos latía al unísono. Trajano corría por la costa mientras yo, sentado en la arena, contemplaba su ir y venir inquieto. Los dos gozábamos y nos sentíamos plenos de una vitalidad avasalladora. De pronto supe que era necesario hacer algo desusado para festejar nuestra liberación; algo que tuviera la emoción del triunfo logrado, pero a la vez del riesgo. Rápidamente, me quité el pantalón de brin y la blusa y, sin mirar a Trajano, pero seguro de que me seguiría, me lancé al mar. A los pocos instantes, sin temores, nos solazábamos

bajo las olas, más hermanos que nunca, con la boca llena de espumas nocturnas y el cuerpo picante de salitre.

# XIII

Aquel mes de marzo nos trajo lo días más bellos del verano; el sol se suavizó con una brisa fresca que desde el mediodía comenzaba a subir del mar y desaparecía en los atardeceres cálidos que invitaban a despreciar el sueño con la promesa de una noche quieta y profunda, apta para los paseos al aire libre.

Como mi madre había suspendido momentáneamente las excursiones dominicales a lo de tía Aurelia, era ésta quien nos visitaba los domingos por la tarde.

Mi madre preparaba los pasteles y el mate, y las dos se sentaban junto a la ventana y conversaban hasta llegada la "nochecita", es decir, de acuerdo al lenguaje de Aurelia, el atardecer con sus primeras estrellas. Entonces salían tomadas del brazo y emprendían una lenta caminata por la rambla; yo las acompañaba, aunque naturalmente iba más con Trajano que con ellas, puesto que, por lo general, prefería divertirme con mi perro a oír la conversación, las más de las veces nada interesante para mí, de las dos mujeres.

Pero en la últimas visitas, no sé si porque mi madre había estado más locuaz que de costumbre, o simple-

mente porque había atisbado un tema que me interesaba, no me desprendía del grupo, deseoso de atender y de entender todo lo que mi madre y mi tía hablaban. Así es que me ubicaba junto a ellas en la caminata a pesar de la sorpresa inquieta de Trajano que con sus idas y venidas me invitaba insistentemente a seguirlo.

Supe de esta manera que mi madre, al principio tan opuesta al noviazgo de Claudia, había comenzado a forjarse tímidas ilusiones con respecto a él; y que mi tía Aurelia se encargaba –con una ingenuidad que hoy juzgo más incongruente aún que la de mi madre– de alimentarlas mediante un rosario de fantasías que desgranaba al oído de su amiga con una vehemencia inconcebible en una mujer madura y de su clase.

–Pensá: muchos prejuicios sociales han sido superados, Plácida. Hoy los muchachos de apellido se casan no con las mujeres que les convienen, sino con las que les agradan.

Mi madre sonreía pensando, satisfecha, que Claudia podía ser incluida perfectamente en el grupo de "las mujeres que agradan".

–Sí, sí– contestaba convencida– estoy segura de que este joven está entusiasmado. Fíjate que salen todos los días. Van a la playa, a tomar el té... y hasta la ha invitado para ir a un baile.

–Ah– opinaba Aurelia– eso sí, que no le haga tantas concesiones. Ya ir a bailar de noche es un poco arriesgado.

Mi madre la tranquilizaba.

–¡Desde luego! ¡Eso lo sabe Claudia! No creas que han ido todavía. Le ha dicho a su novio, redondamente, que a bailar de noche, sola con él, no iba.

Luego se deleitaba en un mar de pequeño detalles y creo que las dos, en esos momentos, olvidaban su edad, sus rostros gastados por el dolor y el sacrificio y sus manos ajadas por el trabajo para sentirse tan novias como Claudia.

–Imaginate, Aurelia, si se casan, Claudia llevará su ajuar como cualquier otra chica pudiente.

–Pero tendrás que comprarle tantas cosas… Los encajes, los manteles, que han subido tanto de precio...–comentaba Aurelia.

–Trabajaré veinte horas al día, si es necesario, pero Claudia tendrá su ajuar–decía mi madre con gesto vehemente.

Yo comenzaba de pronto a seguirlas mentalmente en sus fantaseos; me imaginaba el día del casamiento, las grandes ventanas de la casa de al lado se abrían como movidas por las magia, y por ellas se derramaban haces de luz...Adentro había arañas de cristal y una mesa blanca, colmada de golosinas, con flores en el centro, suaves flores rosas descansando sobre la blancura de los encajes. Hasta mi olfato elaboraba y yo percibí un cálido olor a incienso como el que había sentido en la iglesia algunas veces y que en mi imaginación vinculaba a los grandes casamientos. Luego

veía a mi hermana envuelta en una nube de tul, con sus abundantes senos velados de puntillas y sus ojos azules extrañamente brillantes... Pero cuando mi fantasía quería alcanzar la figura de mi madre, el hechizo se desvanecía. Era imposible, mi mente no lograba vestirla a ella de sedas; pintarle una sonrisa de felicidad y de orgullo en sus labios apretados.

Volvía entonces al mundo real y continuaba oyendo a las mujeres, que no habían abandonado su tema sino que cada vez lo desarrollaban con más ansia.

Mi madre volvía a casa– luego de haber acompañado a Aurelia hasta la parada de su tranvía–con las mejillas encendidas y mirada inquieta. En el camino de regreso no hablábamos, pero yo comprendía, por alguna leve sonrisa que de pronto se insinuaba en su rostro, que ella continuaba fantaseando a propósito del mismo asunto. Lo más triste era que, ya en casa, su alegría se apagaba bruscamente ante Claudia; no se atrevía a confiar a mi hermana todas las ilusiones. La miraba quitarse la ropa de paseo, pero no la interrogaba sobre su salida, ni sobre su novio, ni sobre las posibilidades de casamiento que había en esas relaciones.

Claudia la ignoraba completamente; no adivinaba su inquietud, ni sus secretas imaginerías, ni presentía que la hubiera hecho muy dichosa con sólo confiarle el más pequeño detalle de su noviazgo.

# XIV

Trajano crecía y estaba cada día más hermoso. Yo me ocupaba de su físico con verdadera abnegación porque no podía desvincular las buenas cualidades de la hermosura del cuerpo; si Trajano era inteligente, vivaz, cariñoso, debía, necesariamente, ser también bello. Por eso lo bañaba, cerca del mediodía, y esto constituía un deleite para él, porque además de estar conmigo un buen rato, la frescura del agua lo liberaba un poco del calor acumulado en la azotea durante toda la mañana.

Luego lo cepillaba y le peinaba su pelo corto y lustroso que, húmedo todavía, brillaba al sol como si poseyera una capa de oro.

Sería una redundancia afirmar que Trajano era elegante, puesto que la elegancia es un rasgo esencial en los galgos, pero yo, que acostumbraba a compararlo con los perros del vecindario, lo veía, por contraste, tan hermoso, que verdaderamente creía que se trataba de un ser excepcional, un ser con alma, con espíritu, o con algo que lo hacía distinto de los demás animales.

Y le decía a veces:

–Sos mejor que todos los perros del mundo, Trajano. Y para mí, no sos un perro, sino mucho más.

De pronto imaginaba que Trajano podía molestarse porque naturalmente resultaría desagradable para él no ser perro; entonces agregaba, pensando en consolarlo:

–Bueno, sos un perro distinto, mejor que los otros. Sos un perro-hermano-mío. Y en muchos aspectos, superior a mí. Fíjate que llevas un nombre ilustre y yo apenas si me llamo Angelino.

Y sentía realmente lo que afirmaba, pues Trajano me inspiraba una sincera admiración. Muchas veces, cuando yo realizaba alguna acción que consideraba mala, como mentir, por ejemplo, me comparaba con él y me decía: "No hay duda, es mejor, mucho mejor que vos, Angelino. El jamás sería capaz de engañar".

Por todo esto, hoy veo que fue perfectamente comprensible el sentimiento de desencanto que me invadió cuando una noche paseábamos juntos por la orilla del mar. Trajano me abandonó de pronto para seguir a una perrita blanca y lanuda. Primero me indigné al verlo desaparecer detrás de las rocas en pos de la perra; había corrido con una rapidez inusitada y como ya era de noche, no pude ir tras él. Pensé hasta en volverme y dejar que regresara solo, pero comencé a reflexionar sobre las desgracias que podían acaecerle: que lo atropellara un auto, o que alguna persona lo descubriera y me lo robara… Y mi cariño por él,

a veces celosamente paternal, me obligó a esperarlo. Después de un rato apareció, un poco jadeante, pero alegre y despreocupado. Esto me enardeció y no pude callarme.

–Ya me iba, Trajano. ¡Si te crees con derecho a abandonarme para irte detrás de una perra ordinaria, lanuda y sucia, no te pienses que estoy dispuesto a esperarte las horas, como un idiota!

Trajano–pienso hoy– comenzaba a tener sus primeros impulsos eróticos. Me llevaba ventaja, por lo tanto. Pero yo no entendí, ni imaginé remotamente, nada de eso. Él si entendió.

Se echó de inmediato junto a mí y comenzó a lamerme las manos suavemente. Yo las retiré y entonces lanzó un gemido agudo y breve para indicarme que sufría, que estaba desconsolado.

Mi cólera se disipó, en ese instante le tomé la cabeza entre mis manos y mirándolo a los ojos, le dije: "Te perdono", y me eché a reír. A los pocos instantes éramos nuevamente "Angelino y Trajano" corriendo por la orilla del mar, tan unidos como hasta ese momento lo habíamos estado.

# XV

Cuando mi hermana habló a mi madre del pic-nic al Río Santa Lucía, ni ella ni yo creíamos que nos permitiría ir. La conocíamos lo suficiente como para estar seguros de que hasta la morfología de la palabra pic-nic le resultaba desagradable.

Por eso nos sorprendimos cuando con la mayor naturalidad accedió.

-Bueno, Claudina. Si llevás a Angelino, podés ir. Y siempre que los acompañe una persona mayor.

-Sí, sí, ya sabés que van las tías de Aroldo, que son dos viejas- dijo, entusiasmada, mi hermana.

Yo también intervine, porque, si bien la perspectiva de un pic-nic tenía para mí la emoción de poder llevar a cabo una experiencia tan solo imaginada como hermosa, pero jamás vivida, ocultaba, sin embargo, una preocupación que menguaba los atractivos: la de tener que abandonar, durante un día entero, a Trajano, por eso objeté.

-Sí, va a ser muy lindo el pic-nic; vos con tu novio y yo con las viejas.

–Vamos Angelino, no seas idiota– replicó mi hermana.

–Bien sabés vos que podrás hacer lo que quieras, jugar, andar en bote, hasta bañarte…

–Ah no, bañarse no. Ninguno de los dos –se opuso mi madre –Me lo van a prometer ahora mismo.

–¿Entonces, qué hago yo solo todo el día?– me quejé, deseando que alguna de ellas se compadeciera y sugiriera la idea de llevar al perro.

Mi madre adoptó una actitud grave y amonestadora:

–Vos no vas a divertirte, mi hijito. Vos vas a acompañar a tu hermana.

–Ah, ya me lo imaginaba. Voy de "paleta" de novios ¿no? ¡Se van "a armar"!

Primero traté de demostrarles mi indignación; luego, como vi que no era broma el enojo de mi madre, quise inspirarle lástima.

–Pero mamá, ¿te suponés lo que me voy a aburrir? ¡No conozco a ninguno de los que van al pic-nic!

Mi hermana adivinó súbitamente lo que yo quería y, para obviar discusiones que sin querer podían derivar en un paseo fraguado, trató de complacerme.

–Ya sé. Vos querés llevar al perro. Por mí, si mamá quiere, podés traerlo, total, el Ford es grande.

–Eso lo decís vos, Claudina. Pensá que si van esas señoritas, capaz que a ellas no les hace gracia el perro.

–¡Pero sí! ¡Son solteronas; un perro les encantará!–respondí entusiasmado.

La verdad es que las solteronas no existían, o si existían estaban muy lejos de pensar en ir a un pic-nic al Río Santa Lucía.

Esa noche, mi hermana me lo comunicó. Yo iba por la puerta de la calle, rumbo a la playa, cuando vi que me llamaba desde la ventana. Mi madre, seguramente, limpiaba la cocina.

–Che, Angelino, esperame un momento que bajo a decirte una cosa– A los dos minutos estaba conmigo.

–Sabés, tenés que hacerme una "piernita". Te voy a decir la verdad; es un pic-nic de muchachos. Van dos amigos de Aroldo con las novias y nosotros.

Traté de desvincularme del asunto; no le veía buen cariz.

–Mirá, si es así, arreglate con "la vieja". Ya bastantes tapujos te he hecho.

Mi hermana trató de conquistarme con dulzura; sabía bien que la violencia no servía en estos casos, pues yo no tenía ninguna culpa para que, esgrimiéndola, pudiera atemorizarme.

–¿Ves? Todavía que te cuento la verdad, que te hago mi confidente… ¡Andá, no seas malito, Angelino!

Tuve deseos de hacerme valer. Además, lo real era que Claudia pertenecía al frente enemigo y pactar con ella porque sí, sin motivos, resultaba una verdadera

claudicación. Por eso me encogí de hombros y traté de irme; entonces ella se acordó de Trajano.

–Angelino, pensá un poquito en que vas con Trajano, en lo que le va a gustar el río. ¡No sabés lo que te perdés si no me acompañás!

Y yo pensé. Comencé a imaginar un paseo en bote, un asado bajo los árboles y –¿por qué no?– también un baño; al fin y al cabo, si Claudia engañaba a mi madre diciéndole que iban dos tías imaginarias, se le podía mentir también asegurándole que no nos acercaríamos al agua, aunque luego nos zambulléramos en el río.

Volví sobre mis pasos.

–Estamos. No le digo nada a mamá. Pero nos pegamos unos chapuzones, ¿eh?

A Claudia se le iluminó el rostro. Sus propósitos, que iban más lejos, se estaban cumpliendo.

–¡Sí, macanudo! Escondemos los trajes de baño en la bolsa de viaje y allá nos bañamos. Pero además, sabés, Angelino…

Noté que de repente se ponía muy nerviosa.

–Vos tenías un poco de razón cuando le decías a mamá que no te gustaba ir de "paleta" de novios…

–Pero si no hay más remedio…– le contesté, ingenuo.

–¡Claro que hay remedio! Te llevamos en el auto con el perro y todo y cuando estemos allá…sabés…– empezó a hacer ademanes –hay una playa grande… y

un bosque. Bueno, vos te vas con el perro a jugar o a bañarte o te alquilamos un bote...

Entonces me di cuenta de cuál era su plan. Me tenía que "hacer humo", es decir, llevar a cabo "mi picnic" con Trajano, pero no con ellos. Al principio me sublevé.

–¡Mirá que bien! ¡Vos lo que querés es quedarte sola todo el día con tu novio!

–¡No seas aguafiestas! Sabés que mamá es una ridícula en ese sentido... Somos tres parejas y somos grandes y queda de lo más estúpido que vos vayas de cuidador. Además, en un muchachito como vos, un hombrecito, es feísimo....

Pensé que tenía razón. Era ridículo ir de "cuidador de novios".

Además, mis once años no se preocupaban todavía de lo que concernía al amor. La palabra me cohibía un poco, aunque no me interesaba mayormente.

Por todo eso otra vez, como aquella en que Trajano la había mordido, Claudia y yo pactamos en la escalera, y ella compró mi silencio con la promesa de una tarde que yo compartiría con Trajano.

# XVI

En nuestro destino hay días que señalamos en la memoria como para no olvidarlos nunca; son nudos fundamentales de nuestra vida, como si ellos trenzaran apretadamente los hilos del pasado y del futuro.

El día del pic-nic al Río Santa Lucía fue de esos; ha quedado fijo en mi mente con una potencia extraordinaria. Me parece que es todo mío, como si se tratara de un objeto; quizás porque puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que lo viví plenamente.

Fue bien distinto, sin embargo, de lo que yo– fácil tejedor de ilusiones– venía imaginando y soñando desde hacía varias noches.

Antes de las seis de la mañana, Claudia y yo estábamos de pie. Mi hermana se mostraba agitadísima, con un entusiasmo desbordante, poco frecuente en ella. Creo que también yo estaba muy nervioso, aunque los motivos de nuestra excitación eran, por cierto, bien distintos.

Mi madre nos preparó sándwiches para el viaje, porque, aunque Claudia había asegurada que Aroldo nos iba a invitar a un almuerzo en el hotel, mi madre,

más práctica, no descartó la posibilidad de que en el trayecto sintiéramos hambre.

–Además– había afirmado– es un papelón que vos, Claudia, no lleves nada. Fijate que con los sándwiches quedarán tan bien delante de las tías…

Mi hermana no se opuso. Yo me encargué de disimular, en el fondo de la bolsa de viaje, mi traje de baño de lana azul y el de Claudia, que era blanco con lunares rojos.

Mi madre madrugó con nosotros y nos ofreció mate.

–Como es tan temprano y no ha pasado el lechero, tomen aunque sea unos matecitos.

Después vino la pregunta que Claudia presentía y temía hacía varias horas.

–Decime un poquito, Claudina… ¿Te pasan a buscar por acá, verdad?

–¡Ah, me había olvidado de decirte! No; sabés, para ahorrar tiempo, el amigo de Aroldo, que es el dueño del Ford, nos recoge en la placita de la otra esquina… a mí y a Aroldo y a Angelino.

Mi madre se aventuró a objetar sus dudas.

–¿Y yo cómo sé si van las tías?

–¡Pero mamá! ¡A ver si entrás a desconfiar!– Mi hermana adoptó una actitud de honestidad ofendida –En todo caso, ¿no va Angelino? ¿Y él no te va a contar, esta noche, si fueron o no fueron las tías?

Mi madre observó la indignación de Claudia, y una vez más su credulidad la hizo desechar todo temor.

–Está bien, no es para tanto… pero me parece incorrecto que no te pasen a buscar por tu casa, como a toda muchacha bien… te quiero decir, decente.

Intervine entonces, conciliador, temiendo que los ánimos se impacientaran.

–¡Vamos, mamá! ¡Yo esta noche te lo cuento todo!– enseguida hice una guiñada a Claudia. Y al instante me odié por ello. No por el engaño a mi madre, sino porque no estaba bien aliarse de pronto con parte del frente enemigo. La verdad era que ya, desde hacía un buen tiempo, esas pequeñas alianzas secretas que manteníamos Claudia y yo en detrimento de mi madre habían atenuado la hostilidad que antes nos separaba.

Fui a buscar a Trajano. Enseguida nos despedimos de mi madre y partimos. A las siete de la mañana estábamos en el auto, ya instalados.

No eran tres parejas, sino dos solamente, a no ser que se incluyera una pareja improvisada, la que formábamos, circunstancialmente, Brasilera y yo.

# XVII

El auto tenía radio y una antena muy larga y flexible que se balanceaba suavemente mientras corríamos por la carretera.

Era la primera vez que yo viajaba en automóvil. Ya he dicho que mis paseos principales habían consistido, hasta entonces, en las excursiones de los domingos a lo de mi tía Aurelia, y ellas se realizaban en tranvía. Mi emoción fue, por lo tanto, muy grande; iba sentado en el asiento de atrás junto a Claudina y Aroldo. Llevaba a Trajano sobre mis rodillas, atento, ávido de experimentar todo lo nuevo que se presentaba ante él.

El cielo estaba un poco nuboso, pero la vegetación que verdeaba a los lados de la carretera iluminaba el paisaje que parecía dibujado. Yo gozaba del fresco olor a campo y de la libertad tranquila que se nos ofrecía entrándose a raudales de luz y color por nuestros ojos inquietos.

Hubiera querido preguntar; yo no era un niño del campo y esos panoramas nuevos me seducían; la tierra arada, por ejemplo, era una novedad para mí y

lo eran también los grandes plantíos simétricamente alineados. Pero no me atreví; Claudia y Aroldo se miraban a los ojos e iban tomados de la mano; la pareja de adelante me era desconocida y me ignoraba por completo. Iban muy juntos; recuerdo la brillante cabellera de la chica, color zanahoria, derramándose como una cascada de sol bermejo sobre el hombro de su compañero; la brisa que entraba por las ventanillas la mecía suavemente y, de vez en cuando, hacía llegar hasta nosotros su cálido olor a agua de colonia.

La muchacha se llamaba Dora. No recuerdo su rostro; jamás lo volví a ver. En cambio evoco con facilidad la fisonomía de su compañero; puse atención en sus rasgos porque él me interesó más que la joven. Era el que guiaba el automóvil, el dueño de la máquina prodigiosa; era, para mí, algo así como un dominador del mundo, porque podía recorrerlo a su placer; seguir la carretera dejando atrás los renovados paisajes que desfilaban ante sus ojos como una sucesión de retazos de colores, o bien detenerse en el que más le gustara, descender, volver a subir, tomar uno de esos pequeños senderos amarillos e irregulares que nacen en la carretera y se pierden luego, serpenteando entre los verdores del campo. Se llamaba Roberto. Tenía la tez enrojecida y la barba y el cabello rubios. Su físico no me agradó, pero lo admiré porque poseía un coche, porque podía disponer

de él a su capricho y, fundamentalmente, porque yo nunca había viajado en automóvil, y él me proporcionaba, sin darse cuenta, una nueva sensación placentera.

## XVIII

No he hablado aún de Brasilera. Ella es hoy para mí como esos sueños plácidos que tenemos algunas veces en la vida y que, al despertar, no podemos resignarnos con que desaparezcan y tratamos de dormirnos a la fuerza, para ver si los recuperamos.

No es, sin embargo, una ilusión de las que se pierden y con el tiempo –precisamente porque las hemos perdido– idealizamos. Brasilera existe, estoy seguro, aunque nunca he tratado de encontrarla; me contento con tenerla para mí solo, pura, en la memoria que siempre codicia su imagen.

Me percaté realmente de su presencia cuando en el auto comenzó a cantar con su vocecita aflautada. Hoy, al evocar aquella canción, me acuerdo de esas melodías exquisitamente frágiles que escuchamos sólo cuando somos niños mientras giramos en las calesitas, tratando de corcovear sobre un caballo de madera pintada y que parece surgir misteriosamente de las entrañas mismas del tiovivo.

El muchacho del auto había sincronizado a Gardel y le hacía el coro en una tonada campera.

*Mírala cómo se va*
*Ay de mí*
*Y dijo que me quería.*

De pronto la chica pelirroja quiso hacer una broma, sin duda para amenizar un viaje que hasta ese momento no había dado lugar a conversaciones.

–Ah, la que canta lindísimo es Brasilera. ¡Mucho mejor que vos! Sabe canciones en portugués, en ese portugués entreverado, tan gracioso, de la frontera.

Brasilera hizo que no con la cabeza, su pequeña cabecita excesivamente rizada, casi motosa. Pero mi hermana insistió.

–Dale, Brasilera, no seas así…

Y enseguida Roberto:

–¡Claro! ¡A ver si conmovés a tu compañero de pic-nic– se volvió hacia mí –que no ha sido capaz de decirte ni un piropo!

Ella, que iba adelante, me miró, inclinándose levemente hacia atrás, y enrojeció súbitamente. Sentí que a mis mejillas les pasaba lo mismo. Me molestó que me observara; me molestó convertirme, de repente, en el centro de atención del grupo. No dije nada; me limité a apretar a Trajano contra mí, reclinando mi cabeza sobre su cuerpo.

De pronto, Brasilera empezó a cantar, cuando ya todos habían perdido la esperanza de que lo hiciera. Clavé mis ojos en ella, sorprendido. Al terminar, me miró directamente y me habló con una voz dulce y

temblorosa que me hizo pensar en las hadas (a mí, que apenas había leído un libro sobre esos maravillosos personajes).

-Una para "vosé" – me dijo, y en su rostro apareció una sonrisa lechosa y húmeda.

Me quedé mudo, serio, nervioso. Mi hermana intervino, entonces para salvar, en parte, mi embarazoso silencio.

-Muy bien, Brasilera, pero muy bien. Eso sí, no esperes que Angelino te lo agradezca. Es un chúcaro. Lo único que le importa es su perro.

-¿Y qué es "chúcaro"?– preguntó Brasilera.

Todos rieron. Dora contestó:

-Ah, ya aprenderás cuando te acostumbres a la ciudad. "Chúcaro" es, más o menos, tener vergüenza de hablar, ser un tímido.

-Sí, un apocadito con las mujeres– agregó Aroldo.

-A veces son los peores– comentó, riendo, Roberto.

Interiormente me enfurecí contra ellos. Hubiera querido demostrarles de alguna manera que los despreciaba, que no era tímido, ni apocadito, ni chúcaro y que sólo permanecía callado por no manifestar mi desdén por su vulgaridad y grosería.

Brasilera–fue ella, es increíble, que apenas tenía trece años– comprendió mejor que nadie mi cortedad.

-Mas yo sé que le gusto, aunque no dice nada.

Seguía sonriendo. Descubrí, de pronto, que tenía ojos celestes y tez morena y que esos atributos, unidos, arrojaban un resultado maravilloso. En ese momento, se despertó en mí por primera vez un nuevo sentido de la belleza. No era amor; estoy seguro de que no lo fue. Era súbita admiración por algo ignorado hasta ahora y que resultaba, de pronto, extraordinario; algo que atraía la mirada y todos los sentidos con inusitada fuerza.

Era otra forma de gozar lo bello que surgía en mí y que me poseía totalmente. Mis ojos no pudieron apartarse, en todo el viaje, de su ondulado perfil armónico.

# XIX

Fue precisamente Trajano –¿quién sino él, pudo haber sido?– el que logró arrancarme de mi actitud estática cuando el auto, luego de un rápido viraje, se detuvo en pleno monte, cerca del río. La naturaleza, que tantas veces nos había reclamado, estaba allí, frente a nosotros, mostrándonos una faz desconocida. Trajano se agitó y comenzó a dar voces de contento. Ya he dicho que conocía esos pequeños ladridos entrecortados, fonéticamente insatisfechos; expresaban excitación, deseo de ventura.

Saltó de mis rodillas y se quedó mirándome con sus orejas derechas. Estuve con él al instante. Descendimos por un sendero cubierto de hojas secas de eucalipto, que crujían bajo el peso de nuestras pisadas. Su ruido, oh caprichosa e infantil asociación de ideas, me recordó el carraspear de la masa de hojaldre que se fríe en la sartén.

Abajo estaba el río, como un inmenso gusano aplastado; con su superficie muy quieta, chata, plateada, sobre la cual se diría que era posible andar. Desde pequeño me hostigaba a veces el fantástico deseo de

caminar sobre las aguas, como me habían dicho que hacía Jesús, sin hundirme. Sobre el mar, pensaba yo, sería difícil; la imaginación debía hacer un esfuerzo muy grande para satisfacerme, pero en aquel río todo se simplificaba; las aguas inmóviles, opacas, espesas, no querían reflejar el cielo, ni los árboles, ni redondear la sombra de los botes.

El río me pareció, de pronto, un pesado bloque por el cual sería fácil trepar y correr y alcanzar la otra orilla.

Era un día sofocante. El cielo, bajo, no prometía luminosidad. El sol, perezoso, seguía escondido, dormitando sobre un colchón de nubes grises. Pronto perdimos la noción del tiempo.

Impulsados por un ansia común de exploración, Trajano y yo nos internamos en el bosque. Él adelante, husmeándolo todo, con una agitación que lo hacía ir y venir, como buscando alguna maravilla para descubrirla conmigo. Caminamos mucho, los dos solos, con nuestra acostumbrada curiosidad atenta al paisaje nuevo que nos seducía. Por fin llegamos a una pequeña playa de arena terrosa. Allí las aguas cobraban cierto movimiento, como si la diminuta ensenada fuera el vientre de un gran pez de escamas ondulantes. Entonces me acordé del proyectado baño con el que me venía deleitando, en sueños, desde hacía varias noches.

Me resolví a buscar al grupo de excursionistas para que Claudia me diera mi traje de baño. Iba con-

tento, porque había descubierto un lugar hermoso; mis compañeros de paseo tendrían que reconocerlo y admirarme.

–Ya verás, Trajano, qué cara ponen cuando les mostremos nuestra playita. ¡Y qué remojón vamos a pegarnos!

Comencé a correr, pensando que Trajano me seguiría. Y anduve un largo trecho entre los eucaliptos que emanaban un olor reconfortante. Hacía calor; grandes nubes viajeras se movían rápidamente por el cielo, apretujándose unas contra otras, como si hubieran querido impedir al sol toda posibilidad de brillo.

De pronto, me di cuenta de que me había extraviado; en el lugar donde creía que habíamos dejado el auto, no había nada.

Entonces pensé en llamar a Claudia, pero enseguida me dije que eso podía prestarse a una burla hacia mi timidez o mi apocamiento. Decidí buscarla en silencio, orillando el río. El aire pesaba sobre mis párpados; cargado de humedad como estaba se me hizo, de súbito, –no sé si porque estaba fatigado– difícilmente respirable. Detrás de mí, un poco alejado, Trajano se distraía en la costa olfateando entre los árboles.

Y de pronto ocurrió. De repente, como si una maza de plomo se derrumbara sobre mí, paralizándome bajo su peso. Lo vi todo. En un claro del monte, junto a un árbol caído del que se desprendía un fuerte olor a resina, los cuerpos se habían confundido, pa-

recían un monstruo de dos cabezas, agonizando en el suelo, sucios de arena y sudor. Por un momento quedé petrificado, idiota. No podía hilvanar las ideas, era imposible pensar sobre lo que veía; mi cerebro se había hinchado desmesuradamente, se había ablandado como si fuera una gran esponja.

Entonces Claudia se percató de mi presencia. Se desprendió bruscamente, pálida y sombría; clavó sus ojos profundos en los míos y sus ojos estaban blancos. Sostuvimos una larga mirada que se sumergió recíprocamente en nuestros cuerpos, hasta los recodos más íntimos. Estábamos desnudos, frente a frente, y solos con la vergüenza de nuestros cuerpos, como si flotáramos en el vacío, despegados del mundo. Nunca hasta ese momento había sentido la miserable desnudez del alma que ostenta impúdica y dolorosamente sus pecados. Porque yo también me sentí, en ese instante, un poco cómplice de lo que había sucedido.

No pude resistirlo y eché a correr, despavorido, con los labios apretados y la garganta seca. Quería estar muy lejos del monstruo de dos cabezas, una de las cuales era la de una mujer de ojos blancos, esa desconocida que se llamaba Claudia y que era mi hermana. Junto a mi parecían correr los árboles y las hojas secas y la tierra y hasta el río. Tropecé con un tronco y caí. Creo que me golpeé la cabeza. La boca, llena de saliva espumosa, se me ensucio de arena. Comencé a

sentir un dolor fuerte que parecía emanar de las cosas y penetrar mi cuerpo. Pegué la cara a la tierra y ella comenzó a latir como un corazón enloquecido. Hice presión sobre la arena porosa, deseando hundirme hasta alcanzar las entrañas de la tierra; entonces pensé en lo fácil que sería morir en ese instante; todo podía matarme, porque yo era frágil, era cobarde y estaba triste.

Además, porque ansiaba morir; anhelaba que el aire pesado y asfixiante se cerrara en un círculo alrededor de mi garganta y me oprimiera hasta dejarme sin aliento, o que el gran eucalipto que se erguía a mi lado y parecía doblarse para espiar mi vergüenza, cayera sobre mí y me aplastara como a una cucaracha indefensa. Yo no era más que eso, una repugnante cucaracha indefensa echada sobre su cascarón, con las patas agitándose en el aire.

No sé cuánto tiempo estuve en ese estado de semiinconsciencia. Quizás me haya dormido, pero con ese sueño azaroso que nos desgasta más que la actividad lúcida. Cuando abrí los ojos y miré el mundo, comenzaba a llover. Gotas grandes, pesadas, calientes como lágrimas, humedecían aisladamente mi overol azul.

Me acordé de todo y fue como si naciera de nuevo. Comencé a llorar amargamente, tratando de recordar las palabras obscenas que conocía para clavárselas a ella sobre el cuerpo, sobre los ojos opacos, sobre las mejillas duras, como de madera, sobre los senos oscu-

ros que yo había visto asomar, forzando el escote, cual dos estrellas de barro.

No podía desprender mi cuerpo del suelo; una pesadez tediosa embargaba mis miembros, inmovilizándolos. Yo era un apéndice chato y pardo, pegado a la tierra, y mi respiración no hacía más que repetir sus oscuras palpitaciones.

–Es una basura, una escoria– dije– Tendría que matarla.

Por depravada, por mugrienta, tendría que matarla. Pero soy un cobarde... No, soy un niño. Si fuera un hombre, la mataría. Pero no soy más que un niño. Pero ella es una basura, una escoria, y yo debería matarla....

Entonces, tan repentinamente como lo había visto todo, sentí por primera vez la soledad de mi espíritu, al sorprenderme hablando conmigo mismo en voz alta.

# XX

Miré a mi alrededor con los ojos hinchados y ardorosos.

Hacia la orilla vi agitarse una mancha blancuzca que lentamente cobró forma de mujer. Brasilera estaba allí, chapoteando en el río, invitando a Trajano con pequeñas palmadas a que compartiera con ella la frescura del agua. Yo empecé a odiar la ingenuidad blanca de su vestido, su sonrisa consoladora, su fresca voz de calesita lejana. Mentalmente la comparé con Claudia y me dije: "Brasilera está limpia y Claudia está manchada de barro, de sudor, tal vez de sangre. Brasilera está sana y mi hermana está rota; tiene un agujero negro y profundo que le llega hasta las entrañas. Pero yo las odio a las dos. Las odio y las desprecio. A Claudia porque lo ha hecho hoy y a Brasilera porque lo hará cualquier día, con cualquier basura que la invite a un pic-nic y le diga que es su novio".

Súbitamente furioso, grité a Trajano.

–¡Trajano, venga acá!

Ella se volvió, sorprendida.

–¡Ah, pero mire donde estaba el compañero!– ex-

clamó– ¡Si hace una hora, más de una hora, que lo andamos buscando!

Mientras hablaba, venía hacia mí, sonriendo, y la naturaleza parecía penetrada de su hermosura. Trajano la seguía, lamiéndole las manos, como queriendo recompensar las caricias que ella le había prodigado.

–¡Trajano, venga acá!–volví a ordenar.

Pero él no escuchaba; la seguía como si estuviera hechizado. Entonces comencé a sentir, junto a la soledad del espíritu, la del cuerpo. Había perdido también a Trajano, que era como perder mi alma y mi carne. Y no pude soportarlo: me erguí de un salto y, quitándome el cinto, me arrojé sobre Trajano y comencé a golpearlo desesperadamente. Puedo jurar que cada golpe que descargaba sobre él me desgarraba a mí; sentía su dolor hostigando mi propio cuerpo. Pero necesitaba hacer eso para estar seguro de que todavía estaba vivo, allí, junto a Trajano que aullaba y a Brasilera que lloraba y gritaba golpeándome la espalda con sus pequeños puños rosados.

# XXI

Un día estábamos de sobremesa mi madre y yo y ella me dijo, señalándome con un dedo que parecía querer penetrar mi frente.

–Vos a Trajano ya no lo querés tanto.

No era una pregunta sino una afirmación. Las palabras de mi madre tenían la entonación enfática que se da cuando se expresa una idea recién descubierta. Incliné la cabeza, y un mechón de cabellos lacios y finos se derramó, consolador, cubriendo en parte la vergüenza que ascendía, hecha rubor, hasta mi rostro. Esa vergüenza la provocaba, más que la mentira que iba a decir a mi madre, el engaño que intentaba hacerme a mí mismo.

–Sí que lo quiero. ¿Por qué no he de quererlo?– le respondí.

–No sé. Pero estás más grande. Tal vez no te interesan tanto los perros.

Yo pensé. "Los perros no me han interesado. Me ha interesado únicamente Trajano, mi perro, mi compañero, mi amigo, mi hermano Trajano. Pero ahora..."

Mi madre completó mi pensamiento.

–Ahora parecería que se han distanciado un poco, que no se entienden como antes.

–Pavadas, pavadas tuyas– dije, molesto, y me puse de pie, dispuesto a abandonar la habitación y a evadirme para meditar oculto en la soledad de mis pensamientos.

Esta costumbre de aislarme del medio familiar, espiritualmente desde luego, se iba afianzando en mí desde hacía tiempo. El día del pic-nic se había convertido en un recuerdo pesado; era necesario que la memoria lo arrastrara sin pedir ayuda, como un lastre de angustia que oprimía la conciencia.

Yo había callado la triste aventura de Claudia. Mi madre no preguntaba nada a pesar de que percibía algunos cambios en nosotros. Por eso, tal vez, ese día insistió.

–Mirá, Angelino, no te vayas. Vos tenés que decirme qué te pasa.

–Por favor, mamá, si no me pasa nada.

–Te noto raro, sabés... Aurelia dice que es porque estás entrando en la adolescencia....

–¿La adolescencia? ¿Pero qué pamplinas son esas? – le pregunté.

"Adolescencia" era para mí una palabra casi nueva; alguna vez la había escuchado, pero sin incorporarla a mi lenguaje; era todavía un molde vacío. Luego, cuando aprendí su significado, supe que un trozo de vida, a veces de los más azarosos y angustiados, se en-

cierra en la musicalidad de este vocablo. Yo me creía un niño; no hubiera podido, de ningún modo, identificarme con lo que se entendía por "adolescente".

Mi madre continuaba, casi razonando para sí misma:

–Si, todo es tan raro...Cuando yo era muchacha, poco se hablaba de la adolescencia. O por lo menos, si la pasábamos, no se nos complicaba mucho. Y eso que yo era mujer.

No quise interrumpirla; simplemente comencé a contemplarla en silencio y sentí repentinamente un afecto muy grande que se encauzó en el deseo de besar sus pobres cabellos desordenados y humildes como matas silvestres. Ella proseguía.

–Claudina siempre fue extraña. Siempre. Ya de chiquilina era inquieta, rebelde. Pero Angelino...Angelino, vos tenés que decirme qué te pasa.

Quise consolarla de alguna manera, aunque fuera tratando de contarle algo que yo mismo no sabía explicarme...

–Si, mamá, es por Trajano. Sabés... ya no es como antes. –No es que yo haya cambiado, como decís…

–Trajano ya no es un cachorro. Será por eso que no lo encontrás como antes... tan juguetón, tan cariñoso...

–Sí, no nos entendemos, ¿sabés, mamá?

–¿Y lo querés tanto que eso te ha puesto reservado y triste? Pero hace un rato me decías que no lo querías. Ahora...

Yo trataba de enredar sus ideas para que abandonara el tema. Ella insistía.

–¡Ay Angelino, que difícil es entenderte! ¡Que difícil es entender a los hijos! Yo creía que con vos sería distinto. Pero no. Es igual que con Claudia. Los voy perdiendo...

Mecía lentamente la cabeza, decepcionada. De pronto se me ocurrió semejante a un árbol triste, desamparado en un llano, a quien la tormenta ha arrancado todas las hojas. Era la imagen con que la maestra nos hacia empezar la carpeta de trabajos sobre el invierno.

Me acerqué a ella, tímidamente, y descansé mi mano en su hombro. Me dejó hacer. Y un silencio doliente, habitado de angustias, comenzó a invadirnos; una tristeza vaga que hilvanaba nuestros sentimientos con tenues, invisibles hilos de resignación. Las palabras murieron, porque no las llamábamos. Los dos estábamos solos, aislados cada uno en el hueco de su propio dolor. Pero sin embargo, algo intangible nos unía, como si de repente ambos hubiéramos descubierto lo que era compartir la soledad con otro ser tan desvalido y triste como uno mismo.

# XXII

Una de las últimas noches de verano, hacía calor todavía, pero un viento joven y agilísimo había comenzado en las calles a barrer las hojas de los frondosos paraísos, Trajano comenzó a ladrar en forma desusada. Nos habíamos acostado antes de las diez, luego de una cena frugal. Durante la comida, Claudia había estado violenta y torpe. Recuerdo que derramó agua sobre el mantel y que entonces mi madre le dijo:

–Ah, eso trae desgracia. Volcar agua, volcar sal...

–Si, lo único que trae suerte es volcar vino –había respondido mi hermana, con fastidio– Pero eso es bastante difícil que ocurra, porque nunca lo tomamos.

Mi madre la miró largamente, y una oscura nube de reproche nubló sus ojos.

–¡Que pretenciosa sos, Claudina! ¡Te cuesta ser pobre!

–¡Claro que me cuesta! ¿A quién no le cuesta acarrear la miseria? ¿A quién, decime?

–Hay que ser más humilde. Eso es lo que te digo.

Allí terminó el diálogo. Yo no intervine. Me costaba hablarle a mi hermana y, cuando me veía obligado

a hacerlo, adoptaba una forma indirecta y me dirigía a mi madre. Por ejemplo, a veces, en la mesa yo decía:

–Si ella no se sirve más, mamá, pasame un poco de sopa.

Claudina también trababa de eludirme. Miraba a mi madre cuando respondía.

–No, yo no quiero. Estoy desganada. Servile nomás.

Así vivíamos. Y era duro, por cierto, sobrellevar ese rencor, aunque creo que nos unía tan estrechamente como si fuera un amor entrañable.

Esa noche, decía, nos habíamos acostado temprano y sorpresivamente Trajano comenzó a ladrar en la azotea como si estuviera furioso. De pronto mi madre apareció en el marco de la puerta con los cabellos desordenados, tiesos. Su cabellera hirsuta trajo a mi memoria la corona de espinas de Jesús. Alumbrada solamente por la luz de la luna que entraba por la ventan abierta, se asemejaba a un gran fantasma melancólico. Traía el ceño fruncido y la boca apretada como si hubiera sorbido sus propios labios, quedando en el lugar de ellos un tajo oscuro, una mueca horrenda. Yo estaba despierto, pero muy quietecito. Tenía miedo.

Ella se lanzó sobre mí y comenzó a sacudirme bruscamente.

–Despertate, Angelino. En la azotea anda alguien. Y creo que sé quién es.

–¡Ah! ¿Y querés que yo vaya solo?

–No, quiero que me acompañes. Pero sin encender luces.

Supongo que el perro, si es el caso, nos ayudará.

A pesar de mi temor, me puse de pie dispuesto a acompañarla. No quería que Trajano fuera héroe solo, aunque tampoco deseaba, como antes, compartir con el mis triunfos. De pronto me acordé de Claudina y me sorprendió que no estuviera con nosotros.

–Mamá– dije muy por lo bajo– ¿no despertaste a Claudina?

No me miro al responderme. Su tono de voz fue doloroso y extenuado; las palabras brotaron como si pronunciarlas le costara un esfuerzo sobrehumano.

–No está en su cama.

Se aferró a uno de mis brazos y comenzamos a subir por la escalera que conducía a la azotea. Yo me sentía confuso. Una parte de mí mismo arrancada violentamente al mundo del sueño, luchaba aun por desasirse de él.

Nos sumergimos en una oscuridad tenebrosa. Otra vez tuve miedo. Un miedo físico que debilitaba mis miembros y hacía languidecer mi corazón. Apartaba mis labios, pues pensaba que, de entreabrirlos, esa oscuridad absoluta me invadiría el interior del cuerpo y el alma. Sentía todo el peso de mi madre sobre mi brazo rígido. Sus pasos, intencionadamente atenuados, me parecían anunciadores golpes lúgubres. Trajano no cesaba de ladrar.

Por fin llegamos. Mi madre se detuvo un instante antes de abrir la puerta para tomar aliento. Respiró largamente; se diría que deseaba beber esas espesas tinieblas que nos envolvían y me aterrorizaban. Comencé a sollozar. Entonces las uñas de su mano izquierda se hundieron como garras en la morbidez de mi cuello; de esa manera me forzó a guardar silencio. La odié porque me torturaba, porque sus dedos, en la oscuridad, se aferraban a mi cuello como si fueran una tenaza brutal. Y entonces imaginé que mi vida se había convertido en algo semejante a eso que me ocurría en aquel momento; mi destino–pensé–. era una inmensa tenaza de dedos vigorosos, atormentadores, que oprimían cada día más mi pobre corazón oscuro, obligándome a guardar un odioso y definitivo silencio. Pero no dije nada.

Mi madre abrió la puerta de repente con un seco golpe de puño aplicado al picaporte. La noche apareció ante nosotros como un mágico cristal azul. Claudia se movía en ella, empequeñecida ante el cielo estrellado, opaca y muda en su camisón blanco, enfrentándose a nosotros con los brazos caídos a los lados, como dos alas rotas.

El ya no estaba allí. Pudimos ver su sombra fugitiva que se evadía en la semioscuridad. Pero Claudia llevaba todavía la presencia del hombre en sus movimientos extraviados, en sus labios entreabiertos, en sus inmóviles ojos de alucinada.

Para mí, el hecho de que pasara una noche con su novio no podía sorprenderme mucho. Pero sí sorprendió a mi madre que había confiado en ella.

De pronto, Claudia tuvo conciencia de todo y comenzó a temblar.

Entonces empezaron a mirarse como dos fieras prontas para un combate silencioso y mortal. Ese trágico desafío duró algunos segundos. Claudia cedió. Yo no hubiera creído que ella cediera. Se arrojó al suelo, llorando rabiosamente. Parecía una loba agonizante que no se resignaba a morir. Luego gritó histéricamente.

–¡No me mires así, no me tortures!

Mi madre seguía inmóvil, contemplándola. Yo, que estaba muy cerca de ella, noté que se estremecía. Claudia continuó. Se había sentado en el suelo y desde allí la enfrentaba nuevamente. Sólo tuvo un instante de desfallecimiento. Enseguida se recuperó. Ya no gritaba. Su voz parecía haberse quebrado y surgir de los abismos de un alma atormentada.

–¿Qué me miran? ¿Al fin no soy dueña de lo que hago? Sí, pueden llamarme como quieran– Se dirigió directamente a mí.

–Vos y ese perro sucio, los muy odiosos... Vos le habrás chismeado...Pero, ¡qué me importa! ¡Qué me importa! He sido feliz, ¿saben? ¡Y no lo había sido nunca en esta cueva de ratas hambrientas!

No pudo hablar más. Mi madre, rapidísima, la ha-

bía tomado de los cabellos y la obligaba a alzar el rostro. Yo creí, por un momento, que iba a abofetearla. Pero no lo hizo. Sus dos caras quedaron, de pronto, paralelas, frente a frente, muy próximas.

Por el espacio que las separaba se veía un rectángulo de cielo y dos estrellas. Entonces mi madre hizo lo inesperado; le escupió en pleno rostro, cerca de los ojos. Luego la abandonó bruscamente, precipitándose por la escalera sin decir una palabra.

Claudia, atónita, no se atrevió a limpiarse la saliva que, en su rostro moreno, parecía un cometa de plata.

# XXIII

A todo esto siguió un período en que la enemistad, el tedio, el rencor mutuo, se trenzaron con las dificultades cotidianas del trabajo y la pobreza. Todo se había vuelto difícil. Claudia y mi madre no se hablaban; hacían sus tareas en silencio y, cuando ya no podían soportar más el opresivo malestar que las corroía, lo descargan sobre mí. Eran súbitas explosiones de ira, aparentemente infundadas, siempre extemporáneas y desagradables. Yo había aprendido a callar. Cavilaba, era huraño, y mi desesperación se manifestaba casi siempre en la cama: lloraba con furia, apretando mi cabeza contra la almohada, que cedía dócilmente empapada por mi saliva y mis lágrimas.

Trajano–pobre Trajano– también había cambiado. Tal vez yo tuve la culpa y hoy me lo reproche. Entonces no lo entendía así. Habían terminado nuestros largos paseos al atardecer, lo más que hacía en su favor– y generalmente a instancias de mi madre– era salir con él a la vereda, de nochecita, y sentarme en el umbral a esperar que volviera. Entonces yo creía

que no me necesitaba. Hoy pienso de distinta manera, a menudo me siento responsable y quisiera volver al pasado para rehabilitarme, y ante mi impotencia, un agrio remordimiento inunda mi corazón.

Recuerdo que casi siempre doblaba la esquina; se diría que tenía vergüenza de sus pequeños actos cotidianos; vergüenza de que yo lo viera corretear solo, detenerse junto a un árbol, ladrar a un muchacho que pasaba en bicicleta. Volvía pronto, pero ya no nos entendíamos como antes. Habíamos olvidado nuestro lenguaje, o quizás aquel sistema de signos que habíamos inventado, nada significaba ya para nosotros, escindidos definitivamente.

Como justificado castigo, yo sufría mi soledad. Y mi madre, allá arriba, también sufría la pérdida de sus últimas ilusiones, encerrada en su dolor callado.

Claudia no estaba menos triste que nosotros. Su novio había partido, y ella, desde el primer momento, supo que para siempre. No lo ocultó, acaso pensando que el decírnoslo sería una forma de desagraviarnos. Mi madre no le hizo ningún reproche, pero su parquedad nos indicaba a las claras que le costaba perdonarla. Creo que no le dolía tanto la falta cometida por Claudia, como el hecho de que la hubiera engañado. O quizás el principal rencor lo experimentaba contra sí misma por haberse forjado un falso mundo de ilusiones, acto imperdonable en "una mujer a quien la vida había hecho fuerte".

Así estaban las cosas cuando Trajano nos abandonó para siempre.

Ese día mi madre habló sin mirarnos a los ojos, nerviosa, evasiva, y las cosas sin trascendencia que dijo, tuvieron para mi la fuerza de un presagio.

–Ya estamos a catorce de marzo. Pronto empezás las clases, Angelino. ¿Tenés ganas de volver a los estudios?

Vacilé antes de contestarle. Pensé que al principio de aquel verano el solo hecho de que alguien se hubiera acordado de las clases en mi presencia, me habría enfurecido.

–No sé, mamá; creo que sí– dije al fin.

–Con las clases ocuparás tu tiempo. Un muchachito de once años no puede estar sin hacer nada.

Era cierto. Dolorosamente cierto: Trajano ya no era mi ocupación. El tiempo se había convertido en un vacío blanco, hermético, y yo me sentía dentro de él como un insecto encerrado en una caja de fósforos.

Hubo un instante de silencio, y después lo dijo. Yo había terminado de beber el desayuno y miraba desde mi lecho por la ventana abierta.

–Trajano ha desaparecido. No me explico bien cómo lo ha hecho, pero se ha largado.

No dije nada. Nuevamente el silencio cayó sobre nosotros.

Ella, sorprendida ante mi silencio, clavó en mi rostro sus ojos penetrantes.

Me incorporé y, apoyándome en el marco de la ventana, pude ver la calle. Por allí se habría ido, corriendo, con su rabo fino escondido entre las patas traseras. Me lo imaginé sin dificultades. La calle, vista desde arriba, parecía un cordón gris festoneado de inquietos manchones verdeamarillos. Por ahí se había marchado Trajano sin volver la cabeza. Es extraño, pero en aquel instante no pude acordarme de sus ojos, que hoy evoco con tanta facilidad.

Lo imaginé de pronto: marchaba siempre, sin mirar hacia atrás. Se iba tornando más pequeño, más pequeño, hasta convertirse en una bolita dorada rodando por el asfalto oscuro. Entonces tuve la certeza de que Trajanos nos había dejado para siempre.

–Trajano ya no vuelve más–dije

Mi madre seguía mirándome; pienso que, por un instante, debí de parecerle un pequeño monstruo; todas las palabras de consuelo que había imaginado para calmar mi pena, sobraban.

–Pero... ¿Te resignás así?

Un sabor ácido comenzó a subirme hasta los labios. No era por la huida de Trajano; era porque ella no compendía y me contemplaba con horror, como a un engendro desalmado. Súbitamente, me enfurecí.

–¿Qué querés que haga? ¿Que llore, que me revuelque por el suelo? ¿Fui yo quién lo dejó? ¿O es él que me abandonó a mí?– grité.

–No sé, no sé. No es tan fácil decirlo– Y comenzó a narrar una historia, sin mirarme, como si hablara consigo misma.

Recuerdo que cuando yo era muchacha, al lado de mi casa vivía un viejo que tenía un perrito de aguas. Lo golpeaba siempre y lo insultaba. Un día el perro no pudo soportarlo más y se largó. Y el viejo empezó a maldecirlo, a tratarlo de malagradecido. "Para eso cría uno bichos –vociferaba– para que se hagan humo cuando se les ocurra... ¡Porquerías!"

No le contesté nada, aunque me había calmado; hubiera sido difícil explicarle que así era mejor, que cuando el afecto se está enfriando conviene dejarlo morir en paz y no tratar de calentarlo con inservibles cataplasmas de amor fingido. Trajano había sido más sabio que cualquiera de nosotros.

# XXIV

Los días pasaron, y como yo sabía que iba a ocurrir, Trajano no volvió.

Una tarde estábamos los tres reunidos, ocupados en nuestras tareas vespertinas: mi madre planchaba, mi hermana revisaba la ropa seca y yo, que había comenzado las clases, trataba de memorizar un postulado matemático.

No habíamos encendido las luces, y en la penumbra en que trabajábamos nuestros rostros aparecían difusos, distantes, como si cada cual habitara un mundo diferente, separado por insalvables distancias.

De su súbito, la voz de Claudia se agrandó en la habitación; se dirigió a mí.

–¿Te das cuenta, Angelino, de por qué Trajano se ha ido y no ha vuelto? Porque sabía que no lo necesitabas.

Yo iba a negar, pero no pude hilvanar una mentira. Miré a Claudia largamente, dentro de los ojos. Ella sostuvo esa mirada; hacía tiempo que no nos hablábamos. Sentí un fuerte deseo de decir la verdad, de ser sincero como nunca lo había sido con ella. Bajé la mirada al suelo y le contesté:

–Sí, por eso no ha vuelto. Trajano era muy inteligente.

Mi madre había abandonado su tarea y nos contemplaba. Trató, tímidamente, de acercarse a nosotros.

–No lo necesitábamos, eso es lo cierto. Lo importante es que estemos reunidos.

Se hizo, por un momento, un profundo silencio. Sin querer, los tres, al referirnos a Trajano, habíamos usado el verbo en pasado. Fue como si hubiéramos tenido una línea divisoria entre el tiempo vivido con Trajano y el que había venido luego, el de la ausencia. En todo este tiempo ellas habrían pensado, como yo, lo triste que era estar solo. Y estoy seguro de que en esos instantes que vivíamos, los tres nos sentimos igualmente abandonados. No teníamos ya otro ser que nos compartiera, que se hiciera cómplice de nuestras vidas separadas. Esa horrible sensación de aislamiento se experimenta pocas veces, pero deja en el alma una llaga ardiente. Yo había perdido a Trajano, Claudia a su novio, mi madre a sus hijos. Era necesario que nos entregáramos, en común, a la tarea de seguir viviendo. La soledad, con toda su carga de rencores, se tornaba cada vez más insoportable.

Todo eso lo supimos en ese instante.

De pronto aquel silencio fue roto: los tres comenzamos a hablar al unísono. Y eso nos causó risa. Y reíamos los tres. Y luego cada cual dijo, a su tiempo,

algo sin trascendencia, inocente, fugaz, que se le había ocurrido de repente.

Después mi madre se dirigió a la ventana y cerró las persianas, dejando afuera la tarde que moría.

–Ya es casi de noche; es mejor prender la luz–dijo.

Claudia lo hizo. La pieza iluminada trajo consigo rostros suaves y una paz blanda en la que era agradable sumergirse.

Me acerqué a la ventana y miré a través de su visillo roto.

Las luces de la calle no habían sido encendidas aún, aunque las sombras del atardecer ascendían y lo rodeaban todo como si fuera humo. Entonces se me ocurrió que esa oscuridad, allá afuera, había sido nuestro pasado inmediato, tan triste. En él se había perdido para siempre Trajano. Y en ese instante me aguijoneó el remordimiento, como si fuera una espina agudísima que se me hincara en el corazón.

Tuve miedo y me volví rápidamente para buscar a mi madre y a mi hermana en la claridad tibia de nuestra luz artificial.

Cerré los ojos y pensé, aterrorizado:"Cuando los abra, no encontraré nada. Y si no están, todo acabará para mí". Los abrí de repente: ellas estaban allí, calladas, iguales, esperándome en la quietud de nuestro pequeño mundo.